



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Escuela de Periodismo

MUJERES DE OCTUBRE:

Relatos y memorias de ocho protagonistas del Estallido Social

JOANA CARVALHO HIRUJO

AMARANTA LLANOS SILVA

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Crónica

Profesora guía: Carolina Muñoz Castillo

Santiago de Chile

Diciembre 2021

Les dedicamos esta memoria a todas las mujeres combatientes que nos rodean, como también a las que ya no están con nosotras.

Paula Lorca

Alicia Cofré

Ángela González

Denisse Cortés

Mariana Díaz

Irma Gutiérrez

Luisa Toledo

Mujer no identificada en Líder de Arica

Daniela Carrasco

Isidora Bravo

Agradecemos a Fran, Jose, Yerko, Maca, Noelio, Sofi, Nico y
Caro por su amistad, que ayudó a construir nuestro camino
como periodistas y mujeres.

A las mujeres que confiaron en nosotras
sus relatos, vivencias, heridas y palabras.

A Kitty, Ali, Amalia, Nachita,
Tía Sole, Lore, Ángela y Piti,

A mi mamá y a mi papá que trabajaron toda su vida para hacerme feliz.

A ti, Ale, que has sido ejemplo e inspiración para mí.

Gracias A, M, C, Y, S, porque sin importar la distancia,
están siempre presentes en mis logros.

Y a Bianca, mi compañera, que escucha mis
aspiraciones y mis sueños, y me recuerda que puedo cumplirlos.

-Joa.

Le agradezco a todas las mujeres que forjaron mi camino y me ayudaron a ser la persona que
soy, con todo lo bueno y lo malo. A mis abuelos, mis padres, mis tíos y mis hermanos Jose,
Diego, Luci, Cami y Feli. A Cris, por acompañarme en este viaje.

-Ama

Índice

Introducción	5
LA REVOLUCIÓN A TRAVÉS DEL LENTE: DISPARANDO LA HISTORIA	10
No era sólo miedo	13
La verdad y la prensa	14
Retratos de la violencia	16
Ceder para conseguir	19
CONTRA EL PATRIARCADO EN DOS RUEDAS	20
Después del gaseo	24
Persecución política y brutalidad policial	27
LAS RESCATISTAS DE LA DIGNIDAD	30
Colegas y compañeras	33
No es fácil ser una mujer rescatista	35
Los desafíos de una rescatista	40
La culpa	44
EL DERECHO DE MANIFESTARSE	47
La ley es una	50
Carabineros, orden y patria	52
MADRE DE LA REVUELTA	56
La primera noche	56
Noventa días	58
La realidad del sistema carcelario	60
Los días que no volverán	62
Libertad	65
LAS NIÑAS QUE JUEGAN CON DINOSAURIOS	69
Una niña como cualquier otra	72
La represión en carne y hueso	76
Salir y no saber si volverás	78
El camino correcto	80
Una mirada es suficiente	82
Entrevistadas	94

Introducción

El 18 de octubre del año 2019, Chile experimentaba uno de los procesos transformadores más grandes después de la dictadura militar, que involucró a gran parte de la población y fue un fenómeno transversal que no se impuso con un solo estandarte de lucha. Las demandas que movilizaban a la gente eran diversas: todas eran válidas. Eran reflejo de la disconformidad hacia el sistema imperante de los últimos 30 años.

Después de décadas, de luchas feministas y movimientos varios, las mujeres han podido ser reconocidas en múltiples frentes dentro de este periodo conocido socialmente como Estallido Social. Por ejemplo, Cecilia Heyder, activista por la salud digna y la Ley de la eutanasia; las estudiantes secundarias, quienes fueron las primeras en saltar los torniquetes del metro; y las madres y compañeras de presos políticos que han abogado por justicia y libertad. Aunque no mediáticamente, pues la lucha en la prensa seguía siendo masculina.

Los medios aludían mayoritariamente a la violencia, cuando la mujer tiende a ser pasiva en el imaginario colectivo, relegándolas a un rol secundario con mínima participación o poco significativo. Sin embargo, hoy más que nunca ha quedado en evidencia la importancia que han tenido las mujeres en este proceso. Este trabajo es un pequeño aporte a la memoria, en pos de la construcción de un relato social-histórico feminista, que no sólo considere a las mujeres, sino que también valore su importancia y sus aportes en la lucha social. Es por esto que, como mujeres y comunicadoras, nos parece importante marcar un precedente y lograr una narrativa con perspectiva de género.

Históricamente, las mujeres no han sido reconocidas como protagonistas de los procesos sociales en Chile, pero siempre han estado. No olvidemos la participación de Javiera Carrera en la Independencia del país; a Amanda Labarca exigiendo derechos para las mujeres a principio del siglo XX; a Eloísa Díaz y su reivindicación por la presencia de mujeres en la medicina; Elena Caffarena, quien fundó el Movimiento por la Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH), fue una de las fundadoras del Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU) y libró una ardua batalla por el voto femenino; Ana González quien dedicó toda su vida a buscar justicia por los detenidos desaparecidos de la dictadura; o a Gladys Marín,

dirigenta política que le hizo frente a un sistema y sociedad tremendamente patriarcal y dictatorial, y una infinidad de nombres e historias más que hasta hoy no han sido contadas.

La prensa, las industrias culturales y la literatura tienden a imponer una idea de que la lucha social, la subversión y la resistencia son espacios meramente masculinos. Las películas sobre la guerra están interpretadas por hombres, los principales libros de historia tienen como autor a los hombres y las grandes avenidas por las que caminamos, nuevamente, tienen nombre de hombre.

Pero, entonces, ¿dónde se supone que hemos estado nosotras durante todos estos siglos? ¿El que seamos reconocidas debe ser siempre una excepción a la regla? ¿Las palabras héroe o guerrillero siempre serán leídas en masculino? ¿Estamos destinadas a ser la hermana, esposa y/o compañera de los protagonistas? Esas son preguntas que nos encantaría tuvieran respuesta, pero las únicas que pueden contestarlas son las mujeres, quienes recientemente han podido aumentar su participación en espacios importantes de la esfera pública. Efectivamente las mujeres somos distintas a los hombres, nunca seremos iguales, pero eso es lo que nos ha hecho observar la sociedad con otros ojos y buscar la equidad dentro de nuestras diferencias.

Dentro de este paradigma social que quisimos reflejar, se evidencian las consecuencias de cómo los conflictos sociales afectan a las mujeres y su cotidianidad, tanto de forma positiva como negativa. De igual manera, es importante aludir a la finalidad de las luchas sociales, las cuales buscan lógicas más equitativas dentro de una misma sociedad, pero que, contradictoriamente, también mantienen y profundizan la disparidad social, política e incluso económica entre hombres y mujeres.

La presente memoria para optar al título de periodista propone reunir los relatos de ocho mujeres que participaron del proceso conocido como Estallido Social. Esto por medio de crónicas que se encargarán de mostrar las vivencias, memorias, experiencias e historias de las protagonistas. Los relatos pueden ser emotivos, debido a que hay mucha emocionalidad y sentimientos que afloran al recordar y contar estas historias, tanto angustiantes, como conmovedoras. En este trabajo se recogieron testimonios que muestran las diversas formas de lucha, los inconvenientes, las contradicciones a las que se enfrentan las mujeres consigo mismas, y las problemáticas de vivir en una sociedad que las cuestiona y las juzga por ser más *duras y fuertes*, pero también por manifestar su sensibilidad. Se busca exponer los momentos

difíciles, pero también los buenos, los valores y los principios, la compatibilidad entre sus luchas y sus vidas personales, entre muchos otros aspectos más.

A raíz de lo anterior, nos pareció correcto utilizar la crónica periodística, considerando que es el formato que permite revivir emociones y recrear escenarios, así como también facilita una pluma que le da libertad y soltura a las voces de las propias protagonistas, otorgándole la importancia a los detalles que su propia narrativa exige. El estilo de narración de este texto pretende ser lo más apegado a los relatos de las protagonistas, procurando no perder la veracidad de sus palabras, y cercano a las lectoras y los lectores, para que puedan reflexionar ante las situaciones y vivencias compartidas, abriendo paso al diálogo y a la crítica.

El formato de crónica posibilitó la opción de que, al ser necesario, las autoras fueran partícipes del relato, pues hay sentimientos y sensaciones que surgen en las entrevistas y que no pueden obviarse. Tampoco se puede omitir el hecho de que quienes buscamos registrar estas voces somos también mujeres y que, de alguna u otra forma, al igual que las protagonistas, fuimos y somos partícipes de este proceso histórico.

En los textos hemos logrado mostrar la individualidad que existe en la diversidad de lo que significa ser mujer. Asimismo, intentamos reflejar cómo luchan desde lo cotidiano y lo común, cada una con contextos de vida diferentes, con sus batallas y sus trincheras, levantándose sin la necesidad de enarbolar una reivindicación feminista, pero con accionares que promueven y exigen cambios por y para las mujeres, así como también para su entorno.

Es necesario precisar que el término Estallido Social ha sido motivo de reflexión y discusión tanto para las autoras como para quienes personifican estos relatos. Algunas de las razones aluden a que no es un proceso que estalló como tal ese 18 de octubre, pues era algo que había comenzado hace mucho tiempo y no fue repentino, por lo que la palabra no les hace sentido. Asimismo, las protagonistas concuerdan en que tampoco ha llegado a su fin, por lo que las protestas no han culminado. Todavía se están viviendo las consecuencias, impresiones y efectos, considerando que aún hay presos y presas políticas. Además, Chile se encuentra en un proceso donde se escribe la nueva constitución, que surgió como una demanda en este contexto, y el país atraviesa una evidente polarización sociopolítica. Mencionado lo anterior, acordamos referirnos al periodo como Estallido Social por la carga simbólica colectiva que tiene el término, más no por la interpretación de su significado.

Las protagonistas que muestran los distintos frentes de lucha en este relato fueron escogidas con la finalidad de que pudieran representar diversos contextos. Teniendo en cuenta que decidimos narrar las memorias de mujeres de distintas edades, estratos sociales, profesiones y estilos de vida. Para nosotras era importante incluir además a una adolescente, considerando que sus experiencias distan de una mujer adulta, así como también incorporar la perspectiva de una mujer fuera de la Región Metropolitana, ya que el proceso se vivió de manera distinta. Asimismo, los frentes escogidos responden a los espacios más mediáticos o notorios y muestran vínculos que no se suelen considerar en aspectos de lucha.

En este sentido, logramos registrar la relación madre e hija en contexto de protesta y activismo, junto con la fortaleza de una niña de trece años; una madre que hizo todo lo posible por salvaguardar la vida de su hijo, que fue injustamente encarcelado en una de las protestas post 18 de octubre; dos líderes mujeres que lucharon para ganar esa posición, y que hoy cuidan y velan por los manifestantes y su salud; una mujer colorida que irrumpe en un mar de cortavientos negros buscando capturar instantes de la historia; el impulso de una joven que aboga por el biciculturalismo y que quiere mejorar la actual convivencia vial, por una más sana, respetuosa y que considere la realidad de mujeres y disidencias; finalmente, la vocación de una mujer que no se deja vencer por todas las piedras que aparecen en el camino hacia la justicia y reparación por los derechos humanos de este país.

Actualmente, las nuevas generaciones han resignificado el valor de la mujer a lo largo de la historia. Lo que antes era una obligación hoy es un derecho, un gusto, una necesidad o una forma de lucha. Niñas, adolescentes y mujeres les cambiaron la cara a las historias del pasado, otorgándole el tono de revolución que el patriarcado no quiso ceder.

Con el fin de crear una narrativa desde una perspectiva feminista, esperamos que la presente memoria logre transmitir de la mejor forma los relatos de subversión y resistencia que las ocho mujeres de este texto nos confiaron. Además, deseamos que esta colección de relatos ayude a abrir el debate sobre la necesidad de que se publiquen historias protagonizadas por mujeres; que se muestre el vínculo entre la mujer y la resistencia, desde frentes convencionales y no convencionales y que consideremos la relevancia del género en el testimonio. Porque los relatos existían, pero fueron ignorados. Estamos en una época que necesita la diversidad de voces y

nuestras voces deben estar incluidas, las mujeres exigimos reconocimiento de la participación que siempre hemos tenido. Siempre estuvimos y resistimos.

LA REVOLUCIÓN A TRAVÉS DEL LENTE: DISPARANDO LA HISTORIA

Un hombre anciano y solitario, con barba y bastón, se pasea entre el humo de las barricadas, los gases y la multitud, contemplando el ocaso con ojos llorosos como si un cielo de esperanza se asomara.

— Disculpe, soy fotógrafa independiente y estoy documentando el estallido, ¿usted vino con alguien?

— Si Miguel hubiese estado vivo, estaría llorando igual que yo —respondió.

—¿Cuál Miguel?

—Miguel Enríquez.

— No trabajo para ningún medio, pero necesito tomarle una foto. ¿Me permite hacerle un retrato? Puedo mantenerlo en reserva y no decir que es un ex mirista.

— No es problema para mí, pero no puedo decirle cómo me llamo — respondió, mientras Amalia agarraba su cámara rápidamente para capturar la historia y disparar, pero no balas.

Amalia Gálvez (41) es una fotógrafa que desde el 18 de octubre de 2019 deja sus pies en la calle buscando los personajes menos comunes de la protesta. La reportera gráfica es pequeña y delgada. Llegó vestida con un chaleco de líneas rosas, verdes, amarillas y celestes, con un jeans claro, zapatillas de plataforma rosadas y unos aros celestes con forma de cámara que hacían juego con su bolso. Pidió un capuccino y se sentó a relatarnos sus vivencias durante la revuelta social, mientras nos miraba con sus grandes ojos maquillados en color rosa y dorado.

“Yo voy vestida así mismo a Plaza Dignidad, con una mascarilla antigases full face, y una correa de cámara llena de pompones rosados. Es mi sello y mi forma de protestar pasivamente frente al patriarcado”, comenta con orgullo. “Nunca paso desapercibida y es completamente intencional incomodar”. Su protesta personal le ha significado vivir acoso cibernético de parte de personas anónimas, quienes la acusan de ser *pinturita* o *ridícula*. Amalia considera que la fotografía sigue siendo un rubro muy machista, más aún si es en protesta, donde se te obliga a andar de negro y con ropa más suelta para verte *profesional*.

Es imposible escuchar esto sin pensar en las mujeres fotógrafas y reporteras que en la época de la dictadura ejercían su rol rompiendo esquemas. Lamentablemente, aún es escasa la información que existe sobre ellas y sus propias luchas en que reivindicaban no sólo ser

reporteras gráficas en un campo que hasta el día de hoy es masculino, sino que también el ser y sentirse mujer a través de la estética: la vestimenta, las mini faldas, los colores, los accesorios. O las luchas personales que cada una tendría, como una joven María Eugenia “Kena” Lorenzini, que hacía no solo fotografía posterior al golpe militar trabajando para las revistas Hoy y Análisis, sino que también se posicionaba y resistía desde el lesbianismo. Kena, al igual que Patricia Alfaro, Leonora Vicuña, Helen Hughes y otras tantas, han donado gran parte de sus obras hechas entre el 1973 y el 1990 al Museo de la Memoria y otros colectivos sociales. Mujeres que no solo hicieron historia, sino que también lograron rescatar un poco de ella para mostrarla en el presente.

El arte y trabajo de capturar una imagen en las calles no ha estado ni está exento de machismo. Constantemente, “los hombres tratan de imponerse, se te cruzan en las fotos o te tratan de decir cómo debería ser. Y frente a eso hay que ser muy clara y firme. Hay que ser bien fuerte, porque no hay otra manera”, explica la reportera.

La fotografía es una forma de lucha y Amalia está armada con una Nikon d7200, con un lente Tokina Opera de 16-28 milímetros hiper gran angular y un lente Nikon 50 milímetros, junto a un flash externo, que es su toque personal en las imágenes y la diferenciación con las de los otros fotógrafos.

Muy pocas veces ha sentido miedo en la calle, pues todo es intenso, sucede muy rápido y una sensación adrenalínica recorre todo el cuerpo. Hubo un momento en que las cifras de víctimas por disparos de Carabineros aumentaron y se les restringió el uso de perdigones. Por lo que se aumentó el empleo de otros elementos disuasivos como el uso de gas lacrimógeno y carros lanza agua o *guanacos*, como se les conoce de manera coloquial. A fines de julio de 2020, según relata la fotógrafa, implementaron grandes cantidades de químicos en los carros, por lo que el agua que disparaban quemaba la piel, generando ampollas y heridas diversas. En un principio, los vehículos policiales que siempre contaban con agua combinada con químicos en la zona de Plaza Dignidad eran el N°42 y el N°44.

“El día que vi muy complicada la situación yo me encontraba fotografiando afuera del Telepizza en Plaza Dignidad, cuando me rodearon tres *guanacos* y reaccioné tapándome detrás de un árbol. De pronto veo que el carro estaba disparando a unos fotógrafos que estaban al frente, y en mi desesperación para que los dejara, comencé a disparar el flash hasta que se

voltearon y comenzaron a mojarme a mí. Atiné simplemente a apagar el flash y me puse en posición fetal. Pasó mucho rato hasta que un colega que no conocía me dio la mano y me llevó hasta un puesto de primeros auxilios”, recuerda.

Amalia describe la sensación de un chorro del *guanaco* como un ardor extremo, que se te mete entre medio de la ropa, en las orejas y en los pliegues del cuerpo, quemando todo a su paso. Una vez que entra a tus ojos quedas ciega por alrededor de quince minutos. No puedes llorar, no te puedes tocar y no hay nada que puedas hacer para aliviar la molestia.

Cuando las protestas estaban en su peak y el Colegio Médico pidió explicaciones por el aumento de manifestantes con quemaduras en su cuerpo, la Química de la Universidad de Chile, Francisca Leiva Moret, junto con el Movimiento Salud en Resistencia (MSR), realizaron un estudio al líquido que utilizaban los carros lanza agua de Carabineros. Los resultados arrojaron presencia de capsaicina, compuesto principal del gas pimienta, e hidróxido de sodio, conocido como soda cáustica, ambos altamente irritantes y potencialmente dañinos para el cuerpo humano.

Tras esa fatal experiencia, comenzó a equiparse con un cortaviento con gorro para evitar las quemaduras directas.

Hay muchos desafíos en el mundo de la fotografía de protesta. El principal es el estigma y categorización en que se enmarca esta profesión. Comentarios como “eres sapo”, “le haces la pega a los pacos”, “apunta para otro lado”, “¿por qué no le tomas fotos a los pacos?”, son los que suelen recibir cuando llegan a una situación comprometedor. Para Amalia, debes ganarte el espacio, el respeto y la confianza de los manifestantes. Debes mostrar que estás ahí siempre y que el fin no es perjudicar. “Si me piden que borre fotos, lo hago. Si me piden que las baje de las redes sociales, lo hago. No es llegar y hacerle fotos a la primera línea, por ejemplo. Es todo un proceso. Te van a perseguir, te van a criticar, te van a cuestionar, pero a medida que te vayan viendo y conociendo, te aceptan”, explica.

Pero ella no estaba interesada en capturar esa parte de las manifestaciones, pues ya existían muchos documentando y había una sobrecarga de información. Ella prefirió buscar los personajes menos comunes y retratarlos, aunque, ahora que va menos gente a Plaza Dignidad a causa de la pandemia, ha vuelto a fotografiar los enfrentamientos a modo de denuncia y registro

en caso de necesitar evidencia frente a la violencia policial. Todos los días de noviembre y diciembre del 2019 recorría desde el Centro Cultural Gabriela Mistral hasta el metro Salvador buscando personas, historias y experiencias fascinantes, como ella les dice.

Fotografiaba artistas, intervenciones culturales y teatrales, partidos de fútbol que organizaba la futbolista Catalina Carrillo en medio de la calle, o los entrenamientos de Kick Boxing en el bandejón que hacía Macarena “La Maquinita” Orellana, con las llamas y el humo de fondo.

No era sólo miedo

Paradójicamente, el momento en que Amalia Gálvez sintió más miedo no fue precisamente entre bombas de gas y ráfagas de perdigones, como se esperaría para una fotógrafa de protesta, sino que entre una noche solitaria que emanaba una falsa sensación de descanso y tranquilidad tras alejarse de la zona cero. Lo que sintió es lo que viven innumerables mujeres en el día a día, ese temor a caminar sola y de pronto encontrarse con un grupo de personas que no sabes lo que son capaces de hacerte, porque diariamente ves en las noticias las historias de mujeres que no vivieron para contarlas. Ese miedo a andar solas por la noche, a la penumbra, a la soledad. Ese miedo que te paraliza. Ese mismo miedo.

Amalia vive en Puente Alto y luego de desatarse las protestas sociales tras el 18 de octubre de 2019, acudía diariamente a Plaza Dignidad para documentar con su cámara lo que estaba sucediendo. El trayecto de vuelta era largo y, con todas las estaciones de metro cerradas alrededor, y sin la posibilidad de tomar micro, caminaba desde Salvador hasta Tobalaba para subirse a la línea cuatro que la llevaría hasta la Plaza de Puente Alto. Una noche en que ya había ocurrido la *barrida*¹, comenzó su trayecto de vuelta a su hogar, caminando por Avenida Providencia en dirección hacia el oriente. Bajó la guardia, pues su día ya había concluido y se alejaba de la zona cero, por lo que podía volver a respirar más allá de las lacrimógenas y descansar sus oídos de los disparos. Guardó sus implementos, su cámara y sus lentes, y con tranquilidad llamó a su esposo por videollamada para contarle de su día y sentirse menos sola al caminar. La luz del Parque Balmaceda y de los postes en la acera estaba cortada, por lo que

¹ Momento en que los Carabineros utilizan toda su maquinaria de fuerza represiva de manera coordinada, para “desocupar” y “limpiar” la zona de protesta, dando fin a la jornada de manifestaciones.

el camino era iluminado tan solo por las ventanas de los edificios y una luna escondida detrás del humo de las barricadas y el smog.

Iba muy distraída conversando cuando de pronto ve que a no más de cuatro metros se encontraban Carabineros formados en horizontal y ocupando toda la calle, completamente equipados, apuntando con la escopeta. Amalia se paralizó y una sensación de espanto inundó todo su cuerpo. No sabía lo que podía pasar. No sabía si podía formar parte de esas 364 mujeres víctimas de acciones judiciales que denunciaron al Instituto de Derechos Humanos. Porque nuestro miedo en las manifestaciones no era sólo a que nos llegara un perdigón, una lacrimógena o un disparo. No era sólo miedo a ser golpeadas o detenidas. No era sólo miedo a la violencia física y psicológica, también era miedo a la violencia sexual.

Un total de 282 mujeres figuran como víctimas de tortura con violencia sexual en los datos del INDH. Al 30 de noviembre de 2019 la Fiscalía Nacional cifró en 246 las víctimas de violencia sexual por parte de efectivos policiales en las protestas post 18 de octubre. Es un miedo fundado.

“Miguel, no me cortes, por favor no me cortes. Háblame, porque están encima mío y si me hacen algo quiero que lo escuches. Grábalo y avisa de inmediato...”, le dijo a su esposo con voz temblorosa y cara de pánico, como ella lo describe. Ahora explica que lo peor fue sentirse vulnerable y sin tiempo de reaccionar. Se encontraba nuevamente en la línea de fuego y retroceder no era una posibilidad, pues los uniformados habían comenzado a disparar. Siguió avanzando, esquivándolos, mientras veía manos apretando los gatillos repetidamente y escuchaba las explosiones saliendo por la boca del arma. Lo logró.

La verdad y la prensa

Ser fotógrafa de protesta para Amalia significa comprometerse a mostrar la verdad, lo que los medios tradicionales no presentan. Pero no es fácil. Constantemente se ve expuesta no sólo a los cuestionamientos de los manifestantes, “sino que también a la represión policial, a que los uniformados te griten cosas cuando pasas, que te peguen puntapiés en las canillas cuando caminan al lado tuyo y te ven con una cámara”, comenta. Es duro tener que presenciar y ser

testigo de lo que sucede en la calle, pero mientras más lo ve más ganas le da de mostrarlo. “El trabajo de la prensa es perseguir y juzgar el poder siempre”.

Pero no está exento de costos. Según el informe Libertad de expresión en el contexto de las protestas y movilizaciones sociales en Chile entre el 18 de octubre y el 22 de noviembre de 2019, de la Fundación de Datos Protegidos y el Observatorio del Derecho a la Comunicación, 138 periodistas, comunicadores y medios de comunicación recibieron ataques, amenazas e intimidaciones en contexto de la revuelta social, 32 de ellos afectaron a mujeres. En estos casos se encuentran 90 lesiones por armamento policial, un trauma ocular, 21 golpizas y hostigamientos, 19 detenciones y dos casos de reporteras que fueron obligadas a desnudarse en comisarías.

Amalia cree que en Chile se criminaliza el ejercicio más básico de la democracia, que es informar. La prensa, particularmente la independiente que quería documentar lo que estaba sucediendo, en uno de los procesos sociales más importantes de las últimas décadas en Chile, eran los más afectados. “O te quedas encerrado en tu casa temblando de miedo o sales a hacer lo que tienes que hacer no más. Hay gente que está arriesgando mucho y por nada. Tenemos todo en contra”, reflexiona. Y agrega que “se nos niega el derecho de ejercer libremente la libertad de expresión y es porque no les conviene. La gente se informa cada vez más por las redes sociales y la prensa independiente”.

Es común escuchar cuestionamientos a la prensa, sobre todo a los fotógrafos y las fotógrafas independientes, donde se les acusa de ser espectadores y que les importa más capturar el momento que ayudar o apoyar. Para la reportera gráfica, el hacer una foto es intervenir, ya que registrar ese momento forma parte de una evidencia, es algo innegable en donde no se puede mentir. “La foto la puedes manipular, *photoshpear*, pero el registro va a estar. Es una forma de colaborar y ser parte de la historia, ser testigo de lo que está pasando. Lo que mañana tú me vas a contar en un libro, yo te lo voy a mostrar en foto. Porque si no sería un cuento no más, no sería una realidad, no sería un libro de historia”, dice.

El mayor miedo de Amalia hoy es que todo lo que ha hecho y todo lo que ha mostrado haya sido en vano. Decirle a la gente que lo que veía en los medios tradicionales era cierto. Porque sí, ella cree que en las manifestaciones sí hay violencia, pero siempre como reacción a la violencia y abuso policial, no per se.

La fotógrafa cuenta cómo ha sido testigo de las quemaduras, de la persecución, del acoso, de los golpes por parte de uniformados, de los tratos y el vocabulario misógino y ofensivo, de los abuelos y los niños maltratados como *sacos de papa*. “Mientras más veo, menos miedo siento y más ganas tengo de mostrar eso. Cada vez que esto recorre el mundo, aparece en noticiarios, en libros, para mí es vital porque es una forma de mostrar lo que la tele no quiere mostrar”, afirma.

Amalia confiesa que muchas veces se siente como un buitre: en busca de la violencia para registrarla, lo cual va acompañado de mucho dolor. Cada día es más agotador y doloroso. Se está en una constante dicotomía, donde por un lado hay mucho cansancio, y por el otro hay mucha necesidad de informar, y eso el cuerpo lo somatiza. “He tenido dos o tres ataques de colon por mes. He recurrido al alprazolam para poder dormir, por la ansiedad y la psicosis, porque ves tantas cosas, tanta persecución”.

Retratos de la violencia

Amalia tiene dos hijos y nació en Quinta Normal, en un entorno de mucha violencia, como explica ella, pero también de mucha cultura, como cualquier otra población de Santiago. Su primer acercamiento a la fotografía, sin presagiar que se transformaría luego en su profesión, fue cuando era pequeña viendo un libro que tenía de título algo así como: La matanza de San Valentín. Su padre era encuadernador y los libros nunca faltaron. Esperaba encontrar imágenes de corazones y parejas enamoradas, pero encontró fotos de muertos y cadáveres, resultado de la guerra entre las mafias de Al Capone y Bugs Moran en Chicago en el año 1929.

Las imágenes eran reales y los detalles sobaban. Quedó fascinada. Ella cree que fue ese momento en que se enamoró de esa mezcla entre la historia y la fotografía, y el contar a través de una imagen. Por temas económicos no pudo entrar a estudiar lo que ella quería e ingresó a la carrera de turismo. Le costaba 80 mil pesos mensuales y era lo único que alcanzaba a pagar. Trabajando en un hotel se dio cuenta de que se sentía miserable y como un ave enjaulada que solo acataba órdenes, por lo que comenzó a tomar fotos con un celular Samsung S2. “En manual, siempre disparar en manual. Las primeras fotos eran horribles, pero el mejor consejo

que pude recibir fue ese. Quemaba la foto, sobreexpuesta, encuadre asqueroso, todo mal. Pero así aprendí, porque la fotografía es 20 por ciento teórica y lo demás es pura práctica”, reflexiona.

Hacía fotos en el campo cuando visitaba a la familia de su esposo en Curicó. Comenzó a hacer cursos de fotografía básica, retrato, iluminación y luego vinieron las marchas, donde iba a fotografiar de forma inocente para practicar. Por el año 2011, en alguna de las marchas estudiantiles, Amalia recuerda como una anécdota graciosa que más o menos por la intersección de las calles Portugal con Marcoleta, Carabineros realizó una *encerrona*² a los manifestantes que se encontraban ahí, gaseando con lacrimógenas todo el espacio. En su desesperación al no poder ver ni respirar, la reportera comenzó a empujar a un uniformado de fuerza especial mientras le gritaba: “¡Présteme su casco! ¡Me estoy ahogando! ¡Pásame el casco!”, mientras le mostraba su pequeño Samsung S2 con el que andaba haciendo fotografías y gritaba que era prensa. Por el contrario, lo único que logró fue que el efectivo le disparara lacrimógenas a los pies.

Su primera cámara la mandó a comprar el 2012 a Estados Unidos, ya que el valor era un 50 por ciento menor que en Chile. Era una Nikon D310 de color rojo, que aún conserva y atesora en un rincón de su casa. Unos años más tarde, encontró trabajo remoto como Community Manager y logró compatibilizar los tiempos para desarrollar su pasión y la crianza de su hijo mayor.

La revuelta social del 18-O la pilló bien parada, con una técnica fotográfica más profesional. Ya llevaba años dedicándose a hacer fotos y era capaz de hilar historias y transmitir a través de sus imágenes, porque para Amalia, la foto se tiene que contar sola.

De pronto, la fotógrafa abre un gran maletín portafolio y nos muestra parte de una colección de fotografías impresas en papel algodón, que tenía que entregar más tarde ese día a los y las ganadoras de un concurso que hizo por Instagram. Imágenes emocionantes, conmovedoras y coloridas se esparcen en la mesa del café. Un hombre afirmando la bandera nacional en medio de una calle oscura y húmeda, y de fondo gases lacrimógenos y carros lanza aguas conformaban un escenario que parecía montado a propósito o sacado de una película. Un carro blindado de

² Situación en que los Carabineros rodean y cierran el paso a los manifestantes, impidiendo que puedan salir de un sector determinado, mientras utilizan armamento disuasivo.

Carabineros con el número 66 inscrito, que pareciera ir a gran velocidad dejando un humo amarillento al paso.

El rostro de un joven vestido con polera color turquesa resaltaba entre las imágenes de humo, fuego y revolución. Los ojos del adolescente eran de color café oscuro, casi tan oscuros como el negro de la bandera que sujetaba con su mano derecha y que descansaba en su hombro. Era de esas banderas grandes que en las manifestaciones se solían llevar con un tubo largo de pvc y que servía como fondo de aquel retrato. Entre la profundidad de su mirada se podía ver el brillo de un sentimiento del que muchos se aferraron durante la revuelta: esperanza. Lo reconocemos instantáneamente. “Él es Anthony, el niño que lanzaron al Mapocho. Tenía 16 años cuando cayó, ahora tiene 17”, comenta Amalia. Es imposible ver esa foto y que no se pusieran los pelos de punta. Su mirada inocente, su rostro joven, traumatado, afectado, pero sin miedo. La fotografía se cuenta sola.

El 2 de octubre de 2020, el carabinero Sebastián Zamora Soto lanzó a Anthony por el puente Pio Nono en medio de la arremetida de un *piquete*³ de carabineros contra manifestantes. "Cayó un hueón, cayó un hueón", exclamó uno de los oficiales que presenció el hecho. "Lo trataste de agarrar y se te cayó, ¿ya?", le decía otro carabinero al protagonista del caso en medio del ajetreo, pero ningún hombre de verde bajó a socorrer al muchacho de 16 años que yacía inconsciente bajo el puente. El acusado de cometer semejante crimen tenía sólo 22 años, era incluso menor que las jóvenes estudiantas que escriben estos relatos. Un año más tarde, en una entrevista para El Desconcierto, Anthony admite lo que le diría al ex uniformado si lo tuviese en frente. “Mira, aquí estoy. Estoy vivo, gracias a Dios. ¿Y tú? te cagaste tu vida. Trataste de matarme y no pudiste, por una institución de mierda asesina que te lavó la mente”.

Las impresiones de sus fotografías son para exposición de alta calidad y las realiza mayoritariamente en papel algodón, porque es resistente al agua y no necesita de un vidrio que la proteja. Puede ser de tipo satinado, con brillo o mate más opaco. Sus fotografías han sido exhibidas en El Desconcierto, The Clinic, Piensa Prensa, archivo digital de Londres 38, Radio Universidad de Chile y el libro Postales del Estallido Social Chileno. Entre la Vivencia y la Memoria, del equipo editorial de la Revista Némesis, además de muchos otros medios

³ Término coloquial para referirse a un grupo de Carabineros atrincherado y preparado para arremeter.

alternativos de Chile y países extranjeros.

Tras mostrarnos todo su material nos regaló dos fotografías, mientras nos contaba que se dedica ciento por ciento a esto, por lo que también es su sustento. Sin embargo, suele donar constantemente sus obras para rifas por los y las presas políticas o para aportar en las ollas comunes.

Ceder para conseguir

“Soy muy, muy, muy feliz. No podría trabajar en otra cosa y ser feliz como soy ahora”, expresa Amalia. Una mujer que persiguió su pasión hasta quedarse con ella, pese a los prejuicios y los cuestionamientos. “Una tiene que hacer lo que una tiene que hacer, ser fiel con una misma. No puedes ser fiel con otra persona si no eres fiel a ti mismo. Yo no podría vivir tranquila, hacer una vida normal y omitir esta realidad. No podría.”

Sus hijos tienen dos y cuatro años, y lo único que saben es que su madre va a hacer fotos, desconocen más del tema. Junto a su compañero Miguel son soportes del mundo al que Amalia ha escogido pertenecer, y la van a dejar al metro y a buscar tras las largas jornadas de protesta. La reportera asegura tener una paternidad compartida con su esposo, donde no hay roles definidos para el cuidado y crianza de su hijo y su hija, ni cuestionamientos.

Hoy, Amalia fotografía protestas sociales y sube las imágenes a su Instagram @Fotosdeamalia, colabora en el medio Portada Soñada (Instagram @portadasonada) y se encuentra cubriendo la convención constituyente como prensa acreditada. Sobre esto último, considera que será un proceso largo, y no de un par de años solamente, pues la constitución es la antesala para algo mayor. Además, cree que las cosas no son en blanco y negro, y que para conseguirlas hay que sentarse a negociar y conversar con personas que pueden pensar distinto a una, pues la nueva constitución nos debe representar a todos y todas, incluso en cosas que puedan no gustarnos. “Si no estás dispuesto a ceder para conseguir, estás equivocado. Vas a vivir frustración constante”, reflexiona. “Es como una relación amorosa, no se deja tirada la toalla sin más”.

CONTRA EL PATRIARCADO EN DOS RUEDAS

De la casa a la Universidad o de la de casa a la pega, hasta que el trayecto terminó en Plaza Dignidad. Desempolvar la bicicleta fue lo primero que hizo Loreto Ogaz cuando, después de ser reprimida con gas pimienta por Carabineros, ya no encontraba seguros aquellos lugares a los que solía ir sin pensarlo dos veces. Acudía a la renombrada Plaza Italia para limpiar con agua con bicarbonato o leche de magnesia a cualquier afectada o afectado por los gases lacrimógenos. Defendía a personas que no conocía por el simple hecho de que, en las calles de Chile, luego del 18 de octubre, los enemigos comunes no eran sólo los hombres de verde que tenían las armas. Era la desigualdad, la indignación y las injusticias que se acumularon por más de 30 años de democracia.

Al entrar a su departamento, lo primero que ves es su bici y la de su pololo, y los guantes adentro de los cascos que cuelgan de los extremos del manubrio, acoplándose perfectamente con la cálida decoración de su hogar. Es cartógrafa de profesión y, como gran parte de los trabajadores del mundo, su trabajo la acompañó hasta el escritorio de su living una vez que las cuarentenas del 2020 comenzaron. Su puesto laboral actual se mantendrá en secreto debido a que forma parte de un organismo del Estado y prefiere mantener ese aspecto de su vida separada de su participación en Revolución Ciclista FEM (RCFEM).

“Soy casi que una doble agente”, cuenta entre risas, porque en el trabajo no tienen ni idea de su activismo o de su vida en general fuera de sus responsabilidades profesionales. Por miedo a perder su puesto o incluso porque piensen que es alguna infiltrada, se cuida de no cruzar esas dos partes de su cotidianidad.

En sus trayectos de ciclista urbana, como ella se identifica, se cuestionaba cómo era posible que existan conductores tan irresponsables, no entendía cómo aprobaban lo que se supone eran unas difíciles pruebas. En Chile los requisitos básicos para obtener el cartón que te permite estar detrás del volante, es el certificado de educación básica, cédula de identidad, ser mayor 18 años (excepcionalmente, se puede optar con 17), aprobar el examen teórico-práctico, la prueba médica psicotécnica y de la vista. Estos requerimientos y el tipo de examen pueden cambiar dependiendo la clase de vehículo que quieras conducir. Quizás las pruebas no son suficientemente rigurosas o quizás el problema es la actitud detrás del volante.

Lo cierto es, que el Estallido Social generó respuestas confrontacionales en la población ante distintas situaciones y los efectos post encierro debido a la pandemia han convertido las calles de Santiago en un peligro. Principalmente para ciclistas y aún más para mujeres y disidencias.

“La pandemia ha exacerbado la violencia. Ya se venía acumulando con el Estallido, pero ahora la gente sale como loca”, exclamó Loreto antes de contar cómo a uno de sus amigos “le habían sacado la cresta” por reclamarle a un conductor que casi lo atropella. No bastó con tocar reiteradas veces la bocina mientras esperaba a que cambiara el semáforo, el conductor tuvo que adelantarse y casi atropellar al ciclista, para que luego de que éste intentara llamar su atención al golpear el capó del auto, recibiera más de un puñetazo tan solo por exigir transitar de manera segura.

De acuerdo con el Ministerio de Transporte y Telecomunicaciones, el 2019 hubo casi 90 mil accidentes de tránsito de los cuales 3.840 participaron bicicletas, dejando 85 ciclistas fallecidos y 3.200 lesionados (580 graves, 280 menos graves y 2.339 leves). Mientras que para el 2020 la cifra llegó a 108, la mayor cifra desde el 2011 cuando se registraron 128 muertes.

Un caso emblemático fue el de Valeria Gazzano. Estudiante de agronomía de 21 años que, en el trayecto a casa de su pololo, pedaleaba cerca del paradero 27 a pocos metros de la comisaría de Carabineros cuando una de las micros del recorrido 271 iba a exceso de velocidad, adelantando y arrollando a quien se le cruzara. Atravesó las tres pistas disponibles en Gran Avenida, adelantó a Valeria y al vehículo que iba junto a ella. Ninguno frenó. El chofer de Transantiago prefirió arrollar a una mujer que no tenía ninguna protección más allá de un casco. Escogió acelerar antes que dar espacio a los autos, a las demás bicicletas y antes que seguir las normas básicas de conducir, con el único objetivo de llegar unos pocos minutos más rápido a su destino.

Según un artículo realizado por el matemático y científico Neville Fletcher y publicado por la Academia Australiana de Ciencias, un auto que viaje a 65 km/h tiene el doble de probabilidades de estar involucrado en un accidente con víctimas, mientras que el riesgo puede ser cuatro veces mayor que si la velocidad de un vehículo es de 70 km/h.

Durante un año en que se registró un menor flujo de vehículos como lo fue en 2020, la Comisión Nacional de Seguridad de Tránsito (Conaset) consignó en el informe del mismo año,

que la imprudencia y la pérdida de control del vehículo en zonas urbanas aumentó en un 40% como factor de accidentes.

Las protestas sociales dejaron ver los colores de todas sus banderas, en la calle había espacio para todas. Loreto se preguntaba por las demandas ciclistas, le hacía ruido toda la desprotección y falta de seguridad vial que asumen cuando salen a las calles en su medio de transporte favorito. Mientras las preguntas seguían rondando en su cabeza se encontró con las noticias que necesitaba: "Masiva cicletada terminó su recorrido en la casa del presidente Piñera", tituló CNN Chile; "Cientos de personas realizaron cicletada que terminó en casa de Sebastián Piñera", publicó el medio online de Chilevisión; "Masiva marcha de ciclistas se congrega en la casa del Presidente Piñera", indicó La Cuarta; esos eran algunos de los titulares que encabezaron distintos medios nacionales después del primer fin de semana de noviembre de 2019, en que agrupaciones y otras personas se reunieron en Plaza Dignidad para luego manifestarse a dos ruedas hacia el oriente y sus arterias: Avenida Providencia, Apoquindo y Estoril.

“¡Esta es la mía!”, pensó Loreto una vez que encontró a quienes podía acudir para tener respuestas. Primero tuvo un encuentro con Pedaleras Antipatriarcas, una agrupación que reúne a mujeres y disidencias de las comunas de San Miguel, Pedro Aguirre Cerda y San Joaquín. Se reunió por primera vez con ellas en la Plaza de San Miguel, donde comenzaban su camino hacia Plaza Dignidad. Se enteró gracias a sus compañeras que esa tarde había un cabildo organizado por el colectivo Revolución Ciclista Plurinacional (RCP). Así fue como conoció a la Nati y a Claudia.

Loreto era todo lo que estaban buscando, alguien común y corriente. Que no hablara desde la posición de ser una ciclista de esas que usan tricota⁴, salen todos los días con su kit siempre preparado, va al cerro y a todas con la bici. Sino que es una mujer que la ha usado toda su vida más no era su transporte diario, pero debido a que el Estallido Social y la pandemia dificultaron el uso de transporte público, retomó el pedaleo.

Según un estudio de Movilidad y Transporte por Studio Público, el 8.5% de personas que usaba la bicicleta aumentó a un 12,6%, pero aún las calles del Gran Santiago no están adaptadas

⁴ Prenda de vestir elástica y ajustada al cuerpo usada generalmente por deportistas, debido a la temperatura constante que permiten las telas.

apropiadamente. Por eso las organizaciones estaban conscientes de que debían dirigirse a esas personas, que al andar en bici vivieran el mismo miedo de ser atropelladas por los autos, micros, camiones y motos que no respetan el espacio mínimo entre el transporte ecológico y aquellos que funcionan con bencina. Alguien que notara que los lugares de trabajo y de educación no siempre facilitan espacios para las bicicletas, y una persona a la que también le de miedo atropellar a aquel civil que camina por la ciclovía.

Feliz de conocer a las compañeras con quienes exploraría el mundo del ciclismo y más importante aún, lo defendería y transformaría, la cartógrafa se convirtió en una de las voceras de Revolución Ciclista FEM (RCFEM) junto a Nati y Claudia. Una nueva versión de Revolución Ciclista Plurinacional (RCP), porque RCFEM surgió de una agrupación que reflejaba lo masculinizado, machista y patriarcal que es el mundo del ciclismo.

Desde el comienzo sabían que sería una batalla dura y pareja que había que dar. Pero estaban convencidas de que “había que desarmar ese maldito sistema”, según palabras de la vocera.

La primera batalla fue cuando RCFEM convocó a la primera ciclomarcha el primer jueves de diciembre de 2019, con Parque O’higgins como punto de encuentro. El problema no fue organizar una cicletada independiente de RCP, el problema fue a quién se convocaba para ese día. El mensaje que mandaron al chat grupal que compartían con el resto de colectivos ciclistas era claro: una instancia para mujeres y disidencias. Es decir, libre de hombres. Con un simple mensaje todo estalló en el grupo de Whatsapp y las respuestas no pararon de llegar: “¿Cómo van a cortar calle solo mujeres? nosotros les ayudamos”, “¿Cómo van a ser separatistas? eso es de feminazis”. Y ese fue el quiebre.

Esa primera ciclomarcha contó con 800 niñas y mujeres, aproximadamente. Las voceras, emocionadas de llegar a tantas personas, confirmaron que ese era el punto de partida para eliminar al patriarcado de esos espacios. Además, fue el inicio de la separación de aquel grupo que por temas de ego no seguía avanzando en sus metas, las cuales tampoco tuvieron suficiente claridad desde un comienzo.

Aquella fragmentación les permitió abrirse camino como RCFEM y preguntarse a dónde querían llegar. “Tomamos un enfoque feminista pero cuando empezamos estaba todo el cuento del *feministómetro*, no teníamos claridad en nuestras referentes y sabíamos que era algo que

nos podían preguntar. Y pasó. Las cabras de Pedaleras Antipatriarcas nos preguntaron quiénes eran nuestras referentes”, cuenta indignada y con los ojos en blanco. En torno al mismo tema, se ríe al recordar que una de sus compañeras *metió la pata* al decir que se posicionan desde la *femineidad*. Entre varias conversaciones con las otras voceras, se cuestionaron y plantearon mejor sus objetivos, por lo que decidieron: A la *mierda* el *feministómetro*.

“Finalmente, no vamos a llegar a ninguna parte si nos seguimos cuestionando, solo nos causa inseguridad. Nuestro objetivo es claro: que las chicas tomen la bici y que no la dejen de lado porque las atropellaron, las acosaron o porque se cayeron y les da miedo volver”, enfatiza Loreto al volver a plantearse la razón por la cual decidieron comenzar esta lucha juntas.

Actualmente, de acuerdo con un estudio de Uso de elementos de seguridad y hábitos de los conductores de bicicleta de la Región Metropolitana, realizado en el 2020 por la Conaset, los hombres usan la bici como medio de transporte un 37% más que las mujeres. Cifra a la que Loreto y sus compañeras proponen dar vuelta.

Después del gaseo

Pocos días después del 18 de octubre, Loreto junto a un grupo de compañeros de trabajo caminaba con ollas y banderas por las calles laterales al Parque Forestal. Marchaban entre los altos árboles que con el verde de sus hojas demostraban la plenitud de la primavera, y con el constante ruido que producía la cuchara de palo contra la olla que poco a poco cedía por los golpes. Todavía el horario en estas fechas del año hacía que los días fueran cortos, por lo que siendo aproximadamente las siete de la tarde el cielo empezó a oscurecer, cuando un *piquete* de Carabineros se acercó a echarlos sin ninguna razón legítima. En los meses de octubre, noviembre y diciembre de 2019 al acercarse la noche las fuerzas policiales se encargaban de que en los alrededores de la ex Plaza Italia no hubiera manifestantes. El número de personas que solía quedar a esas horas disminuía y eso era aprovechado por los uniformados para arremeter con quien se les atravesara. En este caso los perjudicados fueron Lotero y quienes la acompañan después de la pega, ya que todos recibieron el gas pimienta que uno de los hombres de verde roció sin escrúpulos a todo el grupo.

Todavía se acuerda del desagradable efecto que le produjo el compuesto químico con el que la rociaron, el ardor, las náuseas y la sensación de ahogo porque todo en su pecho se sentía apretado. Con la vista nublada y respirando como apenas podía, se dirigió junto a sus colegas a casa de un amigo que vivía en el vecindario. Sabía que esa noche el daño en su cuerpo no le permitiría llegar en bicicleta a su casa. Así que la dejó ahí, donde intentó retirarse el aceite del gas pimienta con leche de magnesia y Quix, pero la irritación en la piel ya era evidente y las marcas rojas que quedaron en su rostro no desaparecieron sino varios días después del suceso.

Fue la imagen de su cara llena de marcas que parecían sarpullido y el recuerdo de aquel acontecimiento el que la impulsó a movilizarse desde el ciclismo. Aun cuando celebra que exista una gran masa de personas que se manifiestan a pie, que expresan su rabia y se movilizan porque, como ella, saben que es la única forma de lograr cambios reales, para Loreto esa modalidad convencional de ir a marchar a “patitas” es peligroso. Reconoce que las probabilidades de una detención arbitraria son bastante altas, plantarte evidencia, mancharte los papeles, que abusen de ti o te torturen es una de las posibilidades a las que se exponen quienes enfrentan a Carabineros.

Para disminuir las probabilidades de que te tomen detenido, el cuidado y el compañerismo es una necesidad. “La lucha no debe ser individual, sino colectiva”, defiende la vocera. Es precisamente esa visión la que se ha instalado en RCFEM, dado que son críticas con aquellas organizaciones que no se hacen cargo de los cuidados básicos que deberían cumplir las personas que asisten a las cicletadas o ciclomarchas.

“Si las organizaciones hacen llamados a convocatorias, por lo menos deben ser responsables y hacer un llamado de cuidado”, dijo la ciclista junto con especificar que hay condiciones mínimas que como colectivo intentan que se respeten. Por ejemplo, que quienes asistan a estas instancias lleven su bici al día o preparadas con su kit de reparación, los frenos en buen estado, el casco y las luces. Además de la mascarilla, alcohol gel y los debidos resguardos sanitarios en el contexto de pandemia.

Con felicidad en su rostro reconoció cuál ha sido su labor desde que se integró al mundo ciclista: el llamado al bicitudado.

Del mismo modo, la cartógrafa reconoce que ese es uno de los aspectos que las diferencia como agrupación, así como el velar por un ambiente libre de acoso. Razón por la cual se intensificó el quiebre con RCP. “Les decíamos que habían empezado a llegar casos de que en los corta calles estaban acosando a las niñas y lo encontramos super grave, mientras que entre compañeras y una psicóloga de la agrupación Ciclosorora le prestamos ayuda y contención. Ellos se lavaron las manos”, explica. Una vez que los casos eran reiterados las voceras decidieron hacer los llamados a convocatorias separatistas, ya que se rehusaban a que las mujeres se expusieran de esa forma.

Para Loreto, la bici es más que su medio de transporte, es su herramienta de lucha así como lo fue para las mujeres en 1890, quienes rompieron los esquemas tradicionales con su vestimenta una vez que dejaron de lado las faldas para usar pantalones y montar bici. Las convenciones sociales de la época dificultaban el libre movimiento de las mujeres, pero gracias a la bicicleta lograron llegar a lugares que antes no podían llegar. Su uso ha sido transformador desde ese entonces.

“La ciudad está construida por y para hombres”, expresa la cartógrafa. Actualmente, los espacios urbanos y la infraestructura se encuentran en deuda con las mujeres, niños y niñas, disidencias, adultos mayores, personas con movilidad reducida y personas que se desempeñan en el cuidado de otras personas, debido a la falta de una infraestructura inclusiva adaptada con suficientes rampas, pasamanos, iluminación en las calles para dar seguridad en caso de sufrir algún ataque de noche y ciclovías en buen estado.

En un estudio de la Asociación Chilena de Seguridad (ACHS) llamado “Radiografía de las calles”, expuso que una de cada cinco personas a nivel nacional usa ciclos⁵, siendo las mujeres quienes más aumentaron su uso después del comienzo de la pandemia. De las 6.300 personas encuestadas a lo largo del país casi la mitad ha tenido algún accidente y uno de cada diez con lesiones graves. Según la opinión de los encuestados la medida más efectiva para prevenir los accidentes es mejorar las ciclovías, hacer uso de elementos de protección personal, usar equipamiento como luces y chaleco reflectante, mejorar la calidad del pavimento y mejor control de la velocidad de los autos.

⁵ Vehículos de movilidad personal: scooters eléctricos, bicicletas, eBikes, hoverboards, smart balances y otros.

Persecución política y brutalidad policial

Es cosa de todos los días que las avenidas de Santiago Centro estén ajetreadas y que haya conductores que se propongan adelantar a quien se le cruce. Ese día en San Diego, una calle conocida por las múltiples tiendas de bicicletas, un hombre iba al volante de un Nissan blanco, conducía como si tuviera una emergencia porque zigzagueaba entre los autos y los adelantaba velozmente. En dirección al trabajo, Loreto pedaleaba por la misma calle, necesitaba doblar por 10 de julio así que permaneció en el carril izquierdo para doblar cuando llegara el momento, siempre manteniendo la distancia prudente entre ella y los vehículos. Estaba a pocos metros del semáforo en rojo cuando este cambió a verde así que no tuvo necesidad de frenar. Antes de que pudiera doblar, aquel auto que parecía descontrolado salió de la nada y se cruzó en su camino. La atropelló. Su cuerpo y su bicicleta volaron hasta que el pavimento las recibió con su dureza y sin amortiguación.

Tardó unos segundos para retomar la conciencia, pero una vez que abrió los ojos se sintió desorientada. Sin entender lo que sucedió, se dio cuenta que su boca sangraba, ya que fue su rostro el que recibió el mayor impacto del pavimento. Pero sin nada más que un par de rasguños y un diente roto, se levantó con ayuda de la multitud que se había reunido a su alrededor. Vió como el autor de su accidente doblaba por 10 de julio, pero la misma multitud no se lo permitió y entre *chuchadas* y golpes al capó, el conductor no tuvo otra opción que bajar del vehículo blanco.

La única manera en que se hizo *responsable* fue llevando a Loreto a su trabajo, pero al segundo en que ella puso un pie en la calle, aceleró y la dejó atrás.

El auto que atropelló a la vocera de RCFEM era un Nissan, pero su patente correspondía a la de un Mahindra. Días después, a un chico en la Florida le pasó exactamente lo mismo, luego alguien más en Recoleta y seguido de esos también a otro ciclista lo atropellaron en Pajaritos. Mismo modus operandi, iban en su trayecto a la pega o de la pega a la casa. Ninguna de las patentes correspondía al auto que embistió contra ellos.

Los accidentes ocurrieron días después de que ciclistas se manifestaran a las afueras de la casa de Andrea Acevedo, jueza que llevó el caso de la muerte del hincha de Colo Colo, Jorge Mora (37) que murió tras ser arrollado por un camión de transporte de animales de Carabineros a las afueras del Estadio Monumental. Las agrupaciones sociales se reunieron en el domicilio de la magistrada del 14° Juzgado de Garantía de Santiago después de que ésta decretó la firma semanal y arraigo nacional para el cabo Carlos Martínez, quien protagonizó el incidente del colocolino. La sentencia de la jueza se debió, según sus palabras, a que “la Garra Blanca tiene una actitud no muy acorde al estado de derecho” y que al carabinero imputado “no le estaban tirando flores o lanzando challas, le estaban lanzando objetos contundentes”. De esa manera justificó la pérdida de una vida inocente sin más que aquella leve sentencia como castigo para el autor del delito. Mientras que Revolución Ciclista Plurinacional, organización que fue parte de los manifestantes que llegaron a su residencia a colgar un lienzo y retirarse, sin registro de detenidos ni lesionados, fue denunciada por la magistrada.

A Loreto ya no le sorprendía la violencia policial después de las situaciones en las que se había visto envuelta por la brutalidad de los uniformados de verde, otra situación que describe como compleja al reconocer el peligro que ha corrido, fue una manifestación ciclista en el aeropuerto en la que uno de sus compañeros resultó herido.

La masa de pedaleros se encontraba atrás del aeropuerto Arturo Benitez, la protesta no tomó lugar frente éste ya que cualquier indicio de bloqueo al paso principal de su entrada podía ser interpretado como atentado al Estado. Las casetas de las puertas del terminal de transporte aéreo quedaron a sus espaldas una vez que siguieron por Av. Américo Vespucio con dirección a la Ruta 68, pero antes de poder continuar con su camino se encontraron con un cierre de paso provocado por Carabineros. La masa movilizada en dos ruedas se separó para encontrarse con todas las opciones para continuar su trayecto bloqueadas. Entre llamadas nerviosas lograron volver a reunirse para encontrar una salida alternativa, y en ese momento comenzaron los disparos.

“Antes de que comenzaran a disparar la gente solo les gritaba *pacos culiaos* y esas cosas, porque ¿qué más podíamos hacer si lo único en nuestras manos era el manubrio de las bicis?”, dijo la vocera con molestia al no entender la reacción violenta de las fuerzas policiales.

Entre la lluvia de perdigones incesantes que se dirigían sin ningún escrúpulo contra las bicicletas, un compañero recibió un proyectil en el gemelo. “El chico sangraba, sangraba y le tuvimos que hacer un torniquete con las cámaras de las bicis ya que son elásticas, la amarramos para que no siguiera sangrando”, narra Loreto y sigue describiendo la situación. El ciclista pedaleó con un solo pie y lo empujaron los 19.5km que hay entre el aeropuerto y la Posta Central, ubicada en el centro de Santiago en la Avenida Portugal.

LAS RESCATISTAS DE LA DIGNIDAD

“Violencia, violencia, violencia, ojos mutilados, cráneos hundidos, fracturas, muerte”. Esas son las palabras con las que una brigadista de rescate en protesta describe los cinco meses posteriores al 18 de octubre del año 2019.

El primer viernes de noviembre del mismo año, a las 22.00 horas, el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) entregó un reporte que contabilizó a 1574 personas que ingresaron a algún hospital del país por la represión vivida en las protestas. De estas, 40 correspondían a disparos de bala, 473 a laceraciones producidas por perdigones, 305 a heridas provocadas por armas de fuego no identificadas, 30 lesiones por balines y 157 por trauma ocular. Ese día, Alida Suárez (34), más conocida como Ali, sin querer y sin saber lo que le esperaba, decidió unirse al grupo de Rescatistas Voluntarios Chile.

Hace un par de años obtuvo su título de Médica Veterinaria en una universidad privada de la Región Metropolitana. Nunca ejerció y, hasta ese primero de noviembre, desconocía que sus estudios podrían servir para algo más que ayudar a animales no humanos. En cambio, optó por dedicarse a dibujar en el cuerpo de las personas con tinta imborrable en un estudio ubicado en Huelén 10 en Providencia, muy cerca de Plaza Italia.

El viernes 18 de octubre, día en que todo estalló, estaba tatuando a dos *cabras muy cuicas*, como ella las describe. Vivía en Maipú con sus padres y la distancia desde el estudio a su casa era de 17.2 kilómetros, por lo que, al igual que muchos otros santiaguinos, quedó varada sin transporte público. Siendo las doce de la noche y en búsqueda de un lugar seguro donde dormir, le pidió ayuda a sus amigos, quienes decidieron acompañarla hasta la casa de su hermano en la estación Los Héroes.

Caminar siete estaciones de metro se le hizo eterno al intentar respirar un aire contaminado con gas lacrimógeno, evitar *zorrillos*⁶ que aparecían en cada cuadra, evadir disparos de Carabineros que actuaban sin previo aviso y escapar del agua tóxica proveniente del *guanaco*. Mientras intentaba llegar donde su hermano, ayudaba con indicaciones a los extranjeros

⁶ Nombre coloquial con el que se le conoce al carro lanza gases de Carabineros de Chile.

desorientados que a las diez u once de la noche, sin metros, micros, colectivos o taxis, desconocían dónde estaban parados y cómo regresar a sus hogares.

Al día siguiente, se dedicó a ver los videos que sus amigos subieron a sus redes sociales: los *milicos*, la gente gaseada, las personas heridas, las balas, los gritos, los llantos, los sonidos estruendosos, las bombas. Días después, un amigo le pide que, por favor, lo acompañe a las marchas, ya que con sus conocimientos en medicina veterinaria podría ser más útil que él para socorrer a los heridos. Alida no era una persona de marchas, solo había asistido a dos en toda su vida y eso la mantuvo despierta toda la madrugada. “Estuve toda la noche nerviosísima, porque sabía que me iba a enfrentar a una *hueá* brígida”, cuenta, pero nunca se dejó paralizar por el miedo. Armó una muda de ropa y salió de su casa. De ahí en adelante su vida sería completamente distinta.

“Llegamos allá y primero fuimos a la Plaza Dignidad. De repente empiezan a llegar las *lacris*⁷ y pensé ‘uuuh, quiero correr’. Sonaba una explosión y yo me veía corriendo y en la casa, *cagá* de miedo”, relata entre risas. Según datos de Carabineros, sólo en las dos semanas posteriores al 18 de octubre se dispararon 1 millón 252 mil noventa y dos perdigones, contenidos en 104 mil cartuchos calibre 12. “Tenía más miedo que la *conchadetumadre*”, entre tanto disparo era una constante la sensación de tensión, pánico y arrepentimiento. De pronto recibe un llamado que la dejó paralizada: su amigo estaba completamente ensangrentado y en estado de shock. Cuando llegó a verlo se dio cuenta de que la sangre provenía de un hombre herido al cual socorrió y que su estado era generado por el trauma de la situación.

Después de todo lo que presenció, Alida decidió tener un rol activo en el Estallido Social. Se armó con un escudo artesanal para protegerse de los disparos de Carabineros, una camiseta como capucha para no respirar los gases lacrimógenos, el instinto de supervivencia y las ganas de aportar en la lucha. Durante las primeras semanas se dedicó a apagar lacrimógenas y acarrear heridos hasta los puntos de salud más cercanos —principalmente al pasaje Coronel Santiago Bueras con Nueva Bueras, donde quedaba el departamento de unos amigos—. De manera circunstancial, los vecinos del lugar se organizaron y lo cerraron con el fin de que pudieran llegar los heridos y las fuerzas policiales no ingresaran. De esa forma, se le cedió el

⁷ Diminutivo coloquial para referirse a las bombas lacrimógenas.

espacio a la organización de voluntarios Salud a la Calle, donde más del 50% de sus.

El primer encuentro impactante con la brutalidad policial, donde ella vio algo que nunca pensó que vería antes. Ya se había hecho la *barrida*, era de noche y no quedaba mucha gente en las calles, cuando una sucursal del Banco Santander, ubicada a la altura de la calle Irene Morales, se estaba incendiando. Un residente de los departamentos ubicados arriba del banco salió a observar el fuego para asegurarse de que su hogar no estuviera en peligro.

De pronto, sin previo aviso, una bala proveniente de militares que se encontraban en el lugar le atraviesa el brazo derecho, a la altura del bíceps, arrasando con toda la piel y músculo. Sin ni siquiera pensarlo, Ali corrió a contenerlo para llevarlo al punto ubicado en Bueras. Al llegar al lugar, pasmada por lo increíble que es conocer la anatomía humana, piensa: “Uh, se le ven todos los *musculitos* y tendones”. Y tras fallidos intentos para que el hombre no mirara su extremidad mutilada, entró en estado de shock. Ella ni se inmutó, estaba absorta analizando la herida. Apenas llegó al puesto se encontró con un médico que conocía y le pidió ayuda.

—Dime si es herida a bala o no— preguntó instintivamente.

—Sí, porque le cercenó, si fuera perdigón se incrustaría.

—Que soy *barsa*. ¿Por qué dije esa *hueá*?— se quedó pensando.

En otro de sus días como escudera, de esos en que aún no pertenecía a ninguna organización y realizaba estas labores de manera instintiva con su amiga Pamela, fueron a socorrer a un joven hinchado del equipo Universidad de Chile, quien escondía bajo su polera más de una decena de perdigones repartidos en su espalda. El muchacho estaba rodeado de enfermeros que le ponían parches y lo curaban rápidamente, mientras Alida esperaba para trasladarlo hasta el punto de salud en Bueras. De pronto se da vuelta y ve que el escenario se componía entre ellos, los escudos y un gran contingente policial esperando para usar sus armas. “Aquí vamos a morir”, le dijo a su amiga con tono dramático. Los perdigones y balines comenzaron a impactar incesantemente en su escudo con golpes estrepitosos y ella lo único que hacía era repetir y repetir en su cabeza: “¿Qué *conchadetumadre* estoy haciendo aquí?”.

Cuando cesaron los disparos, les gritó a los manifestantes para que la ayudaran a ella y a su amiga a transportar al herido, y de inmediato se acercaron muchos encapuchados. Entre todos lograron llegar con el afectado al punto. Pamela estaba cubierta de sangre y en evidente estado traumático, mientras que Alida, nuevamente, llegó tranquila y sin inmutarse. Su amiga, al notar

la falta de perturbación, le dijo: “¿Y *vo*? Mírate, mírame, estoy pal’ hoyo y tú así, muy normal. Tení que ser de salud”.

Ese mismo día se acercó a un grupo de personas con trajes azules y chalecos reflectantes naranjos, en donde también se encontraba el humorista, bombero y rescatista Paul Vázquez. Un poco más allá, en el mismo grupo, estaba Carlos Jara, un experimentado socorrista chileno.

—Quiero ser rescatista— le dijo ella.

—¿Qué haces tú?

—Soy médico veterinaria— respondió un poco nerviosa.

—¡Ah! ¡Tú eres la capucha! Sí, ven mañana. —exclamó él con un tono neutral.

Ese primero de noviembre del 2019, día en que Alida comienza su carrera como parte de Rescatistas Voluntarios, sólo tenía en mente una cosa: “que el día fuera piola”. Sin embargo, las cifras indicaron lo contrario, así como también la escena que le dio la bienvenida un poco antes de que comenzara la barrida. Mientras patrullaban por el Parque Forestal, unos uniformados de verde les gritaron: “Ahí van los detenidos desaparecidos. Miren a estos *hueones*, van a morir todos. Vamos a matar a todas estas lacras *culiás* que ayudan a los otros cabros”. La instrucción para Alida era quedarse callada y no responder ante ninguna provocación, por más rabia y miedo que sintiera.

Colegas y compañeras

A Marta Ramírez (37) la apodaron Kitty cuando era muy joven y se movía en los entornos okupa ligados a la música punk. Es una mujer pequeña y delgada, pero extremadamente enérgica y apasionada para hablar. “Soy cosmetóloga, pero ahora trabajo en un Call Center. Suele pasar —agrega con risas—. Hago de todo un poco, animo hartos en eventos góticos, soy malabarista con fuego y hago acrobacia aérea”. Su vida, como dice ella, siempre ha sido una lucha. Se mueve en el ambiente punk desde los once años, misma edad en que comenzó a trabajar. Escapó del Sename y vive sola desde los 16. Desde muy pequeña asistía a tocatas y marchas de la mano de su hermana cuatro años menor.

El 18 de octubre de 2019 caminó quince largos kilómetros desde su trabajo ubicado en metro Manquehue. Cuando llegó a Plaza Italia, actualmente denominada Plaza Dignidad, llamó a su

compañero para que se juntaran a protestar. Una vez que llegó, mientras revisaban las comisarías cercanas, conversaron acerca de lo que pasaría si se llevaban a uno de los dos detenidos.

— No nos podemos ir los dos detenidos, alguien tiene que alimentar a la Chocola— le dijo Kitty refiriéndose a su gata.

— Si te llevan a ti, yo me voy pa' la casa al tiro y de ahí me preocupo de sacarte, y viceversa.

— Estas son las comisarías que están cerca por si nos llevan.

A los pocos días, un amigo la invitó a hacer una capacitación sobre amagos de incendios que iba a realizar el grupo de Rescatistas Voluntarios y ella aceptó, pues le gustaba asistir a cursos que tuvieran que ver con las disciplinas de alto riesgo que ella realiza. “Pasaba metida en Dignidad pero no *cachaba* que existían los rescatistas. Yo siempre iba de ciclista y me daba vueltas por la plaza gritando ‘¡Vienen por acá! ¡Vienen por allá, señora! ¡Métnense pa acá!’. Mientras mi compañero se iba adelante a patear *lacris*”, cuenta riendo.

Kitty explica que la labor la conmovió, por lo que buscó alguna forma de ayudarlos. Cuando llegó a su casa llamó a Ariel Núñez, productor general de la discotheque Blondie, donde ella trabajó algunas veces. Le propuso generar alguna forma de ayuda para esta brigada de rescate, entre conversaciones y una lluvia de ideas dijo: “hagamos una fiesta que se llame “*Héroes*”, especial David Bowie y Freddie Mercury, y toda la gente que traiga un insumo entra gratis”. Fue un éxito. Al domingo siguiente se contactó con unos amigos que organizan la Feria Calavera en la discotheque Bal Le Duc para que la ayudaran a poner un *stand* de acopio para Rescatistas Voluntarios.

El martes siguiente, un 19 de noviembre, pasó después del trabajo al punto de salud de Rescatistas Voluntarios para hacerles entrega de lo que se había logrado recaudar en la Blondie y en el Bal Le Duc. Cuando se iba yendo en bicicleta Carabineros arremetió y comenzó a disparar, gasear y mojar toda el área, por lo que Kitty se devolvió y pidió permiso para refugiarse en el punto de salud ubicado en Bueras. Una vez ahí pensó: “Si me voy a quedar, me voy a quedar ayudando”. Cuando preguntó en qué podía serles útil le pasaron una linterna para que asistiera a los doctores de Salud a la Calle mientras recibían a los heridos que iban llegando.

“Nunca se me va a olvidar. Estuve ayudando a una doctora de la Universidad de Chile sosteniendo la linterna mientras ella le abría la cara a una persona para revisar que no tuviera

perdigones dentro. Le vi hasta la capa de grasa. La sensación, el sonido de abrirle el rostro a alguien mientras los helicópteros pasaban, el ruido de los balines, los gritos, el humo. Me quedé hasta que terminó”, recuerda. Esa misma noche, estaba de cumpleaños su compañero, celebración a la que llegó a las dos de la madrugada. Cuenta que la experiencia que vivió ese 19 de noviembre marcó un antes y un después, volvió al siguiente día y al siguiente día y al siguiente día, hasta que le pasaron el chaleco naranja y la hicieron parte del equipo.

Ambas mujeres, sin querer y por distintas circunstancias, llegaron a ese espacio en donde encontraron su voz, la sororidad y el sentido de pertenencia que sin saberlo buscaban. Esta historia es distinta a las otras, aquí no se habla de una mujer porque es imposible separar sus experiencias como brigadistas y olvidar que esta labor no existe si no es equipo. Kitty y Ali son actualmente las voceras y representantes de Rescatistas Voluntarios, puesto al que llegaron por consenso de todo el grupo a través de asambleas.

El grupo se conformó poco antes del 2010 teniendo alta participación en el terremoto del 27 de febrero del mismo año. Días después del 18 de octubre de 2019 salieron a la calle a rescatar y ayudar a los heridos en coordinación con las distintas organizaciones de salud que se iban formando. En la actualidad, continúan yendo todos los viernes a Plaza Dignidad, a sanitizar poblaciones y campamentos, a ayudar en los derrumbes, en los aluviones, en los incendios y en todos los desastres naturales que puedan. Pero Kitty y Ali saben que sus compañeros nunca habían visto algo más horrible que los días del Estallido Social.

No es fácil ser mujer.

No es fácil ser rescatista.

No es fácil ser una mujer rescatista.

El primero de noviembre de 2019, cuando Alída llegó a su primer día como parte de Rescatistas Voluntarias, la interceptó un hombre del grupo, el cual ni ella ni Kitty quisieron entregar su nombre puesto que ya no forma parte del grupo y está acusado de ser un infiltrado de Carabineros.

— ¿Qué eres tú? — le preguntó el sujeto luego de contarle todo su currículum de rescatista.

Porque ser una mujer ofreciéndose voluntariamente a ser parte de este equipo no era suficiente, pensó ella.

— Soy médica veterinaria — atinó a responder nuevamente Alida. Cuando se ofreció el día anterior a ser rescatista sus palabras fueron las mismas, pero seguía sin entender por qué un título universitario tenía más peso que cualquier otra cosa. — ¿De verdad tengo que sacar un título que nunca ejercí para que me pesquen? — pensó.

Alida comenzó como apoyo, su función principal se centraba en pasar los elementos de curación cuando se estaba socorriendo a un herido. Si bien, la labor primordial de los rescatistas es trasladar y derivar a los afectados a los puntos de salud más cercano, en algunos casos debían realizar primeros auxilios y una atención médica rápida que pudiera asegurar el bienestar de la persona mientras era removida. “En la calle andamos con gasa estéril, suero fisiológico, parches, mantas térmicas, incluso oxígeno. Todo es para la primera atención, lograr estabilizar a la víctima y trasladarla a un lugar seguro para que la atiendan”, comenta.

Kitty, por otro lado, se resistió toda su primera semana a salir. “Todos me decían que salga y yo siempre respondía: ‘no, me quedo acá, ayudo con mi lámpara, agarrada a mi linterna — cuenta entre risas—. Prefería ordenar o tener el agua, pero no salir, me daba terror”. Al inicio se dedicó a ayudar en las labores básicas del punto de salud: mantener el espacio limpio, los insumos inventariados y separados por cajas y esperar a los rescatistas de la calle con alimento y agua.

Tras unos días, Ali, junto a otros compañeros, lograron convencerla de salir. Su primer cargo grande fue el de comunicaciones, que consiste en dar información por radio a su brigada y a otras externas. “Todo se debe comunicar por radio. Cuando se tiene un herido tú avisas al tiro de qué tipo, edad aproximada, qué tiene, su estado, dónde está, hacia dónde vamos a trasladarlo y si necesitamos que tengan una ambulancia. Es todo súper protocolar. También informas cuando se ven fuerzas policiales, dónde están, qué están haciendo, cuántos son y si van a empezar la barrida, que de ahí salen los heridos. Siempre debemos saber cómo y dónde estamos, es súper importante, sobre todo en una brigada tan grande, tener cuidado de que todos estemos bien”, explica Kitty.

Cuando ambas entraron a la organización, había entre 60 y 100 Rescatistas Voluntarios trabajando de manera constante en los alrededores de Plaza Italia y hacían turnos para que la gente descansara, pues las protestas se realizaban todos los días de la semana. El grupo comenzaba a formarse desde las 15.00 de la tarde, a veces antes, a veces después, dependiendo

de la convocatoria. Ordenaban las mesas, organizaban los insumos, preparaban las radios y ponían sus uniformes. Se hacía una reunión de ingreso, antes de salir a la calle y otra en la noche cuando las protestas cesaban. Para salir a “patrullar” se dividen en grupos de máximo seis personas, pues en grupos pequeños es más fácil movilizarse, utilizar la camilla, y cubrir todas las tareas necesarias. Se escogía un apoyo, un sanitario, un encargado de seguridad, un encargado de comunicaciones, un escudero y un líder de grupo.

“Yo no podía ser de seguridad, porque era mujer. Yo no podía ser escudera, porque era mujer. Yo no podía ser líder de grupo, obvio, porque era mujer. Ninguna mujer podía quedarse a cargo de un puesto central, porque somos mujeres”, relata Ali con rabia, como si estuviera reviviendo las negativas por el hecho de ser mujer.

Una de las tantas noches de calles mojadas por el *guanaco*, olor a lacrimógena y la protesta descansando, se dio una de las reuniones nocturnas más importantes en el equipo, una de las voluntarias, Giuli, decidió alzar la voz y cuestionar la ausencia de participación femenina en los cargos.

—Ya, yo estoy chata. Las mujeres no podemos ser líder de equipo, no podemos estar en la sala central y no podemos hacer nada— exclamó Giuli con claro enojo.

—Se detonó— pensó Ali, para después sumarse a su compañera— Si po, qué te pasa, cómo no lo vamos a poder hacer.

Con todas las mujeres del equipo increpando la machista división de tareas. El supuesto infiltrado de Carabineros, quien se autoproclamaba como líder de la organización, decidió escuchar las peticiones y nombró a Alida como la primera mujer líder de equipo. Ella piensa que la vio como el eslabón más débil. “Yo ni *cagando* pensé que me iban a elegir a mí, pienso que lo hicieron para que fallara, para decir: ah, las mujeres no pueden”, cuenta riéndose. Tras las presiones y el apoyo de quienes la rodean, combatió el miedo que le causaba el adquirir la gran responsabilidad de liderar un equipo en un terreno hostil y aceptó el desafío.

El primer equipo que ella condujo tuvo como integrante a un hombre que no aceptó las instrucciones de ella y eso conllevó a poner en riesgo a todo el resto del grupo. Tras escuchar el primer grito de herido —al otro lado de una Alameda donde iban y venían perdigones, lacrimógenas, piedras y todos aquellos proyectiles no identificados— el sujeto corrió despavorido, como si fuera el héroe. “Salió sin escudo ni ningún tipo de protección. Por último,

que fueras de salud, que supieras lo que hacías. No. Él era un apoyo y no tenía ni idea de la *hueá* que estaba haciendo y salió corriendo. Porque no podía permitir que una mujer le diera instrucciones”, critica Ali.

En la calle hay ciertas reglas de oro. Jamás deben separarse, el equipo se mueve unido, como una sola masa y debe regresar completo a la base. La idea de escoger un líder de equipo promueve decisiones rápidas, bajo presión y consensuadas. Cada uno sale con una tarea asignada y no puede pensar de forma independiente, sino que siempre de forma colectiva, por y para el equipo completo. Si un integrante se transforma en víctima, todos vuelven a base y no pueden volver a salir, pues los sentimientos de culpa, preocupación y temor estarían a flor de piel y se podrían poner en riesgo. “En la calle no es que tú ves a los pacos de lejos y dices: ‘ahí vienen, tenemos tiempo’. De repente te llega un *guanacazo*, después te llega una *lacri* y al final te llega por todos lados. Ves que entran por acá, por allá y te viste al medio. Tus sentidos tienen que estar completamente preocupados de todo lo que está pasando. De ti, del resto, de todo. Tienes que fusionarte como grupo”, explica Kitty.

La rescatista continúa relatando que tan pronto te pones el uniforme azul, chaleco naranja y casco blanco, tomas un rol diferente y comienzas a sentir la responsabilidad de grupo. “Si ves a tu compañera correr, no preguntas, solo corres. Si ves que tu compañera retrocede, sin titubear retrocedes. En la calle no hay espacio para dudas ni cuestionamientos —dice Kitty con seriedad—. Con el tiempo, una empieza a funcionar como un equipo súper compenetrado, tú ya vas con otro enfoque, dejas de pensar solo en ti. Por otro lado, una se siente segura con el grupo, yo sé que si me pasa algo tengo un montón de personas que me van a cuidar. No existimos si no confiamos en la persona que tienes al lado”.

Rescatistas Voluntarios Chile ya no es la misma organización que antes y todos sus integrantes lo tienen claro. Los primeros quiebres ocurrieron a finales del año 2019, pero la conmemoración del ocho de marzo de 2020 marcó un antes y un después en su orgánica. Un solo día del año, con una clara convocatoria abiertamente feminista y separatista, es decir, un espacio donde no asistieran hombres ni tomaran roles activos en la lucha. Ese único día.

Respetando el llamado de protesta, se propuso que ese día solo salieran mujeres brigadistas a la calle y que los hombres se quedaran en base preparando los insumos, agua y alimentos. Finalmente, se distribuyeron en cuatro equipos, pero algunos compañeros no estaban conformes

con la situación, lo que generó una serie de discusiones innecesarias para lo que sería un largo día de protesta. “Nos alegraron por cosas muy nada que ver. Que no tenían qué comer en base, por ejemplo, mientras nosotras nos paseábamos entre más de un millón de personas, con 30 grados de calor, con el uniforme, los insumos y todo el equipo”, comenta Ali con un claro tono de amargura por el recuerdo.

“Para mí el gran quiebre ocurrió cuando las mujeres tuvimos que imponernos, ni siquiera se nos dio el espacio para hablar —confiesa Kitty abrumada—. A los hombres nunca se les cuestiona si pueden o no pueden. Mientras nosotras debemos estar siempre demostrando de lo que somos capaces para validarnos. Yo no tengo porqué demostrarle nada a nadie. Pero, al mismo tiempo, tengo que demostrar constantemente que soy capaz y que por eso estoy aquí”. A pesar de haber pasado más de un año, esas discusiones se siguen dando en las asambleas de Rescatistas Voluntarios, siempre las mismas personas haciendo las mismas preguntas: ¿y cómo va a salir a la calle un grupo solo de mujeres? ¿Cómo lo van a hacer para camillar? ¿Qué pasa si se tienen que traer a un herido? Tiene que haber un hombre en seguridad. Les falta un hombre.

Actualmente, la brigada se organiza y comunica a través de un grupo de Whatsapp, sin embargo, tienen un grupo separatista aparte para mujeres y disidencias. Este, no cumple una función únicamente informativa u organizacional, sino que también es una red de apoyo y contención. Es un espacio protegido donde cuentan cómo se sienten, las buenas noticias que les llegan, si es que necesitan ayuda o si están *bajoneadas*. “Si yo en el grupo central digo que ‘me siento mal, deprimida o si tengo ganas de llorar’, *cagué*”, sentencia Kitty tras explicar que ellas siempre deben verse enérgicas, indestructibles y fuertes.

A pesar de las diferencias, ambas concuerdan en que en la calle se deben cuidar todos y todas, independiente con quién te toque trabajar. Cuentan que esta es una labor mucho más grande que sus diferencias y las luchas internas que se tengan. “Recuerdo un día cuando estaba de escudera y teníamos a todo el contingente policial frente a nosotros, usando todo su arsenal. Uno de mis compañeros me dijo ‘pásame el escudo’, aludiendo a que yo no sería capaz de aguantar la represión policial —cuenta Ali con notoria rabia—. Lo único que atiné a decir fue ‘saca tu mano de mi escudo’. No lo solté y me mantuve estoica. Las cosas no se conversan ni discuten en la calle, todo se habla cuando llegamos a base, como una forma de cuidarnos”.

En la calle y en la desgracia se aprenden muchas cosas y tanto Alida como Kitty lo tienen claro. Probablemente, una de las cosas más importantes fue el aprender a empoderarse y a materializar esa fuerza y energía que traían contenida. “He llegado al nivel de que cuando me dicen ‘tú no puedes’, me río—agrega Ali—. ¿Quién *soy yo*’? Yo no tengo que demostrarte nada, ni a ti ni a nadie. Si tú no crees en mis capacidades, *huéa* tuya, pero yo voy a seguir haciendo lo mío”. Para ambas, la revolución será feminista o no será.

Los desafíos de una rescatista

La oficina de estas amigas son las calles convertidas en campos de guerra y la estoicidad su mejor arma. Alida recuerda con dolor el día en que ocurrió la lamentable muerte de Mauricio Fredes. Pero no lo deja de pensar como un día más de trabajo, pues, con amargura, afirma que cuando se está en un constante ciclo de violencia esta se termina naturalizando.

El primer día de Alida como líder de equipo lo vivió bajo constante presión. Tras el confuso incendio del Cine Arte Alameda, un 27 de diciembre de 2019, su grupo escucha a los lejos nerviosos gritos de manifestantes. “¡Se cayó al hoyo, cabros! ¡Se cayó al hoyo!”. El grupo intentó llegar lo antes posible, pero el uso desproporcionado de la fuerza por parte de Fuerzas Especiales no los dejaba avanzar. Al llegar, se encontraron con otro grupo rescatista y un joven agachado en estado de conmoción, el cual les advirtió que “no se les ocurra bajar, yo bajé y me dió la corriente”. Ahí fue cuando vieron la desconcertante escena, el cuerpo de Mauricio Fredes se encontraba en una fosa de Enel, a unos dos metros de profundidad, llena de agua lanzada por Carabineros, cables electrificados, tumbado boca abajo y con los brazos extendidos.

Al ver la situación, Ali le dijo a su equipo que no bajen y que llamen a bomberos. Al instante todos se dieron cuenta que seguían ahí, en el Centro Arte Alameda, pero que no podían avanzar entre el humo, el gas, el agua tóxica, los gritos y los constantes disparos. Las personas pronto comenzaron a exaltarse al ver que los rescatistas no hacían nada, pero la circunstancia estaba fuera de su alcance, no podían hacer nada. Todos les gritaban y el escenario se estaba yendo de sus manos, Carabineros no dejaba de lanzar lacrimógenas, el *zorrillo* seguía pasando y el *guanaco* número 49 lanzaba agua ininterrumpidamente.

Junto con los otros brigadistas que se encontraban en el lugar tomaron la decisión de hacer una cadena humana para que nadie intentara bajar, “la gente nos gritó, nos pegó, nos hizo de todo, porque estaban todos desesperados —relata Ali—. Lo que no sabían es que, lamentablemente, no había ningún apuro”. En el momento que Bomberos llegó y vio la situación reflejaron una mueca de desaliento, Mauricio estaba muerto. “Ellos tienen mucho tino, se acercaron y nos dijeron: la gente no puede saberlo o va a quedar la cagá”, explica. El protocolo fue hacer parecer como que estaba vivo para así evitar más descontrol e incidentes entre los manifestantes y los Carabineros, quienes serían culpados por el horrible suceso y eso solo generaría más heridos.

Según las cifras de Amnistía Internacional, posterior al 18 de octubre 31 personas murieron en circunstancias que podrían ser ligadas o no a la violencia policial. Hasta hoy, solo cuatro de ellas fueron responsabilizadas legalmente por agentes del estado cuando intentaban retomar el control público. En febrero de 2020 se hizo admisible una querrela por el delito de homicidio simple y delitos de lesa humanidad hacía el Intendente Felipe Guevara y el ex Director General de Carabineros Mario Rozas, aún sin respuesta.

Ella pensó que eso la marcaría, pero no. La calle te endurece entre tanta crudeza. De igual manera, todas las personas tenemos un límite que nos supera, Ali cuenta que una de las experiencias más terribles que experimentó fueron los estallidos oculares, para los cuales recibieron capacitación e instrucciones especiales ante el aumento significativo de casos. “Cuando atiendes a un herido de este tipo lo primero que hacen es preguntarte ‘¿Voy a ver? ¿Voy a volver a ver? ¡Mi ojo, mi ojito!’. ¿Y tú qué les puedes decir? Cuando hay sangre hay estallido ocular y cuando hay estallido ocular no hay vuelta atrás”, reflexiona.

En marzo de 2020, pocos días antes de que comenzara la cuarentena, recuerda una manifestación en la que colapsó y terminó por quebrarse en llanto. Estaba frente al “Monumento a los Mártires de Carabineros de Chile”, cuando encontró una niña con el cuerpo cubierto de perdigones que le llegaron por detrás, pero por la velocidad y fuerza migraron hacia adelante. En cuanto se dio cuenta comenzó a gritar “¡mis ojos, voy a perder mis ojos!”, pero los *mártires* comenzaron a disparar ráfagas de perdigones, por lo que no pudo asistirle en el lugar. Alida solamente pudo cubrirla con su escudo, mientras, a la vez, vio cómo un hombre que corría de la policía cayó al suelo debido a los disparos. “Estaba emocionalmente destruida con todo lo que estaba pasando. Yo me aguantaba todo, no reaccionaba a nada. Pero en ese momento me

sentí como en Rescatando al Soldado Ryan, cuando ves todo nublado, en cámara lenta y solo escuchas un pito”.

Ella sabía que dejarse llevar por los sentimientos era lo menos indicado, por lo que intentó enfocarse en la joven y no dejarse llevar. En ese mismo momento apareció un sujeto con herida ocular, lo sentaron detrás de los escudos y Alida, mientras lo sujetaba fuerte ante los impactos que rebotaban, vio el rostro de aquel hombre, desbordado en lágrimas y sangre. “Al instante mi cerebro me dijo: *hueona*, llora. —relata, evidenciando que, hasta el día de hoy, el evento aún la supera—. Con la máscara puesta y aún en mi posición con el escudo, lloré”. No era ni la primera ni la última víctima de ese tipo que veía, sin duda había presenciado peores situaciones, pero el agotamiento le ganó.

Kitty explica que llega un momento en que comienzas a normalizar la violencia en la que te encuentras inmersa, todo como una respuesta del cerebro para poder sobrellevar la cotidianidad que se está viviendo. “Empiezas a distinguir entre los que tienen poquita sangre y los que tienen harta, los que tienen pequeñas contusiones y los que tienen heridas un poco más grandes”, explica. Pero esa sensación del “Soldado Ryan” también la sintió.

Se encontraba en el punto de Bueras apoyando a una doctora con su linterna, en una pequeña distracción, por un segundo, miró hacia al lado y observó a un hombre sentado con la cabeza vendada metida entre las piernas: trauma ocular. Giró su cabeza hacia otro lado y se encontró con otras dos personas más con los ojos vendados: traumas oculares. Mientras tanto, ella atendía a un hombre que estaba orinado, desmayado y su rostro abierto por un impacto de origen desconocido: contusión craneal. Los rescatistas llegaron con un hombre en medio de un ataque epiléptico. Sonaban disparos, sirenas, gritos y llantos. El helicóptero pasaba alumbrando directamente al puesto de salud. En un momento oyó muchos ruidos cerca de ella, Carabineros intentaba entrar al pasaje donde funcionaban los primeros auxilios. “Primero me borré, sentía que no escuchaba nada, solo veía lo que estaba pasando como si fuera una película —comenta— No puede ser que esto sea Santiago. Hace solo un rato estuve atendiendo gente en un call center”. La realidad superaba cualquier ficción.

Hay un día en particular que ambas recuerdan como uno de los más terribles siendo brigadistas y voluntarias de salud en protesta. Corría la noche del 6 de marzo de 2020 y el grupo de Rescatistas Voluntarios, junto a todas las organizaciones de salud, se preparaban para la

barrida policial. El equipo de Kitty estaba cerca del Parque Forestal, esperando para atender heridos, cuando comienzan a recibir gritos por radio desde diferentes puntos de salud: “¡Afuera del GAM, contingente de 200 policías, no acercarse! ¡Afuera del músico estamos cercados, 150 pacos afuera, no acercarse! ¡Reñaca estamos cercados, 200 pacos afuera, no acercarse!”. El contingente policial se posicionó fuera de los espacios de salud impidiendo que pudieran meter más heridos y cerrándole la salida a los rescatistas.

Mientras escuchaba las recomendaciones de no acercarse para todos los equipos que andaban patrullando, alguien la empuja hacia el piso y todos sus compañeros la rodean. “¡Nos están atacando! ¡Esquina de Bueras!”, gritaba por radio. Veía como las lumas azotaban a sus compañeros mientras escuchaba los golpes en los escudos, sintió que duraron una eternidad. Tan pronto cesaron volvió a oír gritos a través del *walkie-talkie*: ¡Nos estamos incendiando! ¡Nos estamos incendiando! ¡Ayuda por favor, base Pio Nono!

Intentaron avanzar en auxilio de sus colegas, pero Carabineros, no conformes con la situación anterior, les lanzaron lacrimógenas y perdigones que rebotaban en sus escudos y pasaban por entre sus cabezas. Efectivamente, el punto de salud ubicado en Pio Nono, a la altura de la feria artesanal de Santa Lucía, se encontraba envuelto en llamas. Hasta hoy se desconoce cómo se inició el fuego, aunque varias teorías de testigos apuntan a una lacrimógena que cayó en un árbol y botó una rama prendida que terminó finalmente sobre los toldos improvisados por la gente de salud.

Pero ese no es el peor recuerdo que tiene Kitty. Las instrucciones, avisos y requerimientos demasiado crudos o violentos no se pueden decir por radio, solo se deben decir en persona. Por lo que nunca sabe qué pasará cuando le piden ayuda. Una tarde se encontraba en el Centro Cultural Gabriela Mistral (GAM) haciendo su labor en comunicaciones. El trabajo consistía en escuchar la radio triangulada que tienen las unidades de salud en protesta y anotar cada cosa en un cuaderno, esto con el fin de registrar y llevar una bitácora en caso de que deban prestar declaración como testigos de algún suceso. Se escriben las horas en que se recibe información, cuando llaman a la ambulancia, al trasladar heridos y todo lo que se escuche en el *walkie-talkie*.

En un momento un compañero, agitado, la interrumpe y le dice que habían *botado* a un joven al costado de la Biblioteca Nacional, por lo que necesitaba urgentemente una ambulancia. La brigadista recuerda que “era un niño de unos dieciséis años que Carabineros violó con una de

sus lumas. Se encontraba desnudo de la cintura hacia abajo, en evidente estado de shock y no se dejaba tocar por nadie”. La ambulancia tardaba mucho en llegar, por más insistente que Kitty fuese. Luego de largos minutos que se sintieron como horas, finalmente, pudo ser trasladado a un recinto hospitalario, junto con una persona del Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) y un abogado. Así lo resiente Marta, pese a que el hecho en sí mismo no fue posible de comprobar por las autoras a través de la investigación y reporte.

Inmediatamente ella se fue a esconder a un rincón que encontró en el GAM y lloró, cuidando que ninguno de sus compañeros se diera cuenta, ni siquiera Alida. “Tú estás preparado para que te peguen o te llegue un lumazo, incluso para perder un ojo. Estoy preparada para muchas cosas, ¿tengo que prepararme también para que me lleven detenida y Carabineros abuse sexualmente de mí con un objeto?”, reflexiona con voz quebradiza. Al 30 de noviembre de 2019, a poco más de un mes de iniciado el Estallido Social, las cifras de Fiscalía Nacional, según el informe de Amnistía Internacional, registraban 246 víctimas de violencia sexual. De las cuales seis corresponden a denuncias por penetración sexual con objeto y dos por violación, una de ellas múltiple. No se tiene información de si el hecho narrado ha sido contabilizado en estos números.

“Uno no dimensiona la cantidad de heridos y la gravedad hasta que llega la noche y estás absolutamente sola. Eres una máquina de recoger gente, de socorrer, de moverlo y de hacer lo mejor posible y de darle la mejor atención a cada persona. Pero no puedes quedarte pegado en el anterior, si te quedas pegado *cagaste*. Tú vas, te pones el equipo, sales y ya. Eres una máquina de rescate, un robot. Porque si empiezas a sentirlo no puedes funcionar. Es mejor seguir”, reflexiona Alida con evidente dolor.

La culpa

Para Kitty y Alida esto no es un trabajo, va mucho más allá de eso. Más parece una pasión, algo que las mueve y las conmueve, pero que en cierta forma también las obsesiona, a veces de forma no tan positiva.

El día que falleció Mauricio Fredes, Kitty estaba con licencia por una afección en el lagrimal que le imposibilitaba abrir los ojos del todo, y por lo tanto ver. Tras escuchar lo ocurrido, un sentimiento de culpa y responsabilidad la embargó. “¿Por qué me tuve que enfermar? ¿Por qué

no me cuidé más? ¿Por qué no estoy ahí?”, pensó. Y en la noche decidió llamar a sus compañeros para pedirles perdón por su ausencia. Cuenta, además, que su decisión de participar la ha llevado a perder varios trabajos y eventos en su profesión de artista, por preferir hacer su labor los viernes en Plaza Dignidad, y se siente culpable si no es así.

El dos de octubre del 2020, cuando un adolescente de tan solo dieciséis años fue empujado del Puente Pio Nono hacia el Río Mapocho, Alida se encontraba en su casa y se enteró por los medios de lo sucedido. Se sentía culpable de no estar ahí para ayudar. Debido a la crisis sanitaria, su participación en Rescatistas Voluntarios se encontraba un poco inactiva, pero las protestas comenzaban a regresar lentamente y Plaza Italia se encontraba nuevamente sitiada por Carabineros ante la creciente participación de manifestantes.

El incidente la mantuvo atenta a las noticias y en constante estado de ansiedad, su decisión ya estaba tomada. Al día siguiente volvió a ponerse su uniforme y salió, pero su estado físico y mental no era el mismo de hace meses atrás y con tan solo un día de trabajo terminó agotada. “Una amiga me preguntaba por qué iba. Le expliqué que es mi forma de luchar y me hace mucho sentido protestar desde este frente, y me entendió. Me gusta lo que hago. Puede que llegue pa’ la cagá a mi casa, pero no lo voy a dejar nunca”, sentencia.

De un momento a otro sus vidas se voltearon por completo hacia esta labor de rescatar vidas. Alida decidió tatuar únicamente por las mañanas para tener las tardes libres y Kitty cambió sus turnos en el trabajo para llegar directamente a las protestas. Lo que antes hacían todos los días de la semana sin descanso, hoy lo continúan realizando los viernes en Plaza Dignidad y, esporádicamente, durante la semana en poblaciones y lugares donde pueden ser una ayuda. Ya sea sanitizando por el virus Covid-19, ayudando en aluviones, mejorando las construcciones de campamentos o trasladando heridos. Su trabajo no ha terminado y tampoco le ven un fin.

Ambas se sienten orgullosas por lo que hacen, pero concuerdan que es algo a lo que llegaron por las atrocidades que estaban pasando en el país. “Hay gente que entra a esto por el reconocimiento, porque la gente les aplaude y se sienten héroes. Yo no encuentro que hacer esto sea algo que me haga ver bacán. Es el apoyo que se necesita en la calle para poder seguir luchando, nosotros somos parte de eso, también estamos luchando y habrá que seguir hasta que logremos algo bueno —explica Ali con voz firme y decidida—. Es difícil sobrevivir en la calle,

pero es más difícil aún soltarla. Voy a estar ahí hasta que acabe esto, mi cuerpo no pueda más o me muera. Sé que tenemos para rato”.

Para Kitty, su compañera, el ser parte de Rescatistas Voluntarios es “una elección de resistencia y resiliencia”, donde se debe estar en constante aprendizaje y construcción para mejorar en tu profesión, pero también debes endurecerte y poder sobrellevar todo lo que se te ponga enfrente, por más duro que fuese. “Aquí encontré un lugar que me está dando una voz que yo nunca pensé en tener y me siento responsable de esa voz. Siento que lo que hacemos puede aportar mucho, pero que además es una pelea global que nace de la rabia frente a la violencia que se recibe por protestar. El país lo necesita, la gente lo necesita y ya no es como darle un pancito a las personas, que igual es bacán, esto es algo más grande”, expresa con convicción.

Kitty es enfática en afirmar que a Rescatistas Voluntarios no los unió la amistad, pues la amistad se formó después. “A nosotros nos unen los valores, nos une la moral y eso es una *hueá* mucho más importante que la plata, que el conocimiento, que si somos familia sanguínea o no. Es algo mucho más potente, son tus principios y los principios no se transan”.

En una silenciosa pausa, repasando mentalmente todo lo que contaron y las experiencias que crearon juntas, se miran con una risa cómplice.

—Te quiero, Ali

—Yo igual te quiero, Kitty

EL DERECHO DE MANIFESTARSE

Después de un extenso turno que superó las 12 horas de trabajo, Ángela conduce su auto desde la comisaría hasta su casa. Maneja mientras se mantiene atenta a sus espejos retrovisores. La sensación de que la pueden estar siguiendo no abandona su cuerpo. Carabineros aumentó el nivel de violencia y hostigamiento hacia el personal del Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) y el último encuentro que tuvo cara a cara con los uniformados, en medio de una protesta, sigue alterando sus nervios. Estaciona frente a su hogar y respira profundamente antes de bajarse del auto, intenta soltar un poco de la carga emocional que siente sobre sus hombros y espera dejar fuera de su casa toda aquella frustración que le ha generado el trabajo de los días posteriores al 18 de octubre de 2019.

Ángela es abogada titulada de la Universidad de Talca con trece años de trayectoria. Ella y la mayor parte de su familia han vivido toda su vida en la comuna de Talca en la Región del Maule. Creció entre libros y música que impactaron enormemente en su vida, incluso su relación con los derechos humanos fue inspirada por libros que leyó cuando tenía diez años. Trataban de la dictadura cívico militar y los abusos cometidos en aquella época oscura de la política chilena. Además, las ganas de luchar contra las injusticias se le enseñaron desde pequeña, dado que su papá fue un activista de izquierda desde sus épocas de estudiante y lamentablemente figura en el Informe Rettig como una de las personas torturadas, es decir, una de las 2.279 víctimas de la violencia política entre 1973 y 1990.

El 19 de octubre se iniciaron las movilizaciones en la ciudad de Talca. La primera fue convocada a las 12.00 horas en la Plaza de Armas, donde se reunieron miles de personas frente al edificio de Correos. La segunda convocatoria se realizó en el paseo peatonal, en pleno centro de Talca y a partir de las 18.30 horas comenzó la aglomeración de manifestantes. Ángela Hernández (35) se programó para asistir como civil a la protesta del mediodía, puesto que en la tarde esperaba la visita de su hermano, a quien no veía desde hace aproximadamente un año. Mientras recibía a su familiar, le llegó una orden de su trabajo al correo. Como abogada del INDH se le solicitaba asistir a las protestas para observar en caso de violación de los derechos humanos. Debido a que sus colegas no podían acudir al lugar de los hechos, Ángela no tuvo

otra opción que vestir su chaqueta amarilla, característica de los observadores en las marchas, y participar de la convocatoria.

“Como tenía visitas, les ofrecí hacerme cargo de la comisaría en la tarde, pero jamás imaginé todo lo que pasaría”, afirmó la trabajadora y continuó narrando con asombro cómo fue su experiencia en el primer día de revuelta social. “Cuando comenzaron a quemar los bancos y todo lo demás, estaba impresionada porque aquí nunca se había visto ese nivel de violencia”, asegura. Al no dimensionar la magnitud de la protesta, el tiempo que creyó que serían sólo un par de horas, se transformó en toda una noche en comisaría y su pareja se tuvo que hacer cargo del encuentro familiar.

En el contexto del Estallido Social, el Instituto de Derechos Humanos tomó un rol principal en la gestión de denuncias e información en relación con la cantidad de personas lesionadas en las manifestaciones. Los observadores de la institución no pueden interferir en los procedimientos, pero sí pueden ingresar a las comisarías e inspeccionar que las fuerzas de orden realicen la debida constatación de lesiones de los detenidos, así como de retenerlos en las condiciones adecuadas.

Describir la situación de los trabajadores del INDH de la Región Metropolitana en el contexto de las protestas populares, es totalmente diferente a describir la situación que se vivió en las otras regiones del país. “Deben haber visto que la sede central del Instituto en Santiago es una gran casa que se la pasa llena de gente y autos que entran y salen, pero yo trabajo en una sede regional. Somos cinco personas haciendo todo el trabajo”, declaró la abogada detallando la variedad de tareas que realiza el pequeño equipo.

“Cuando llegaba a la oficina en la mañana tenía que ver denuncias del día anterior. A medio día posiblemente tenía que ir a una manifestación, almorzaba algo mientras me preparaba para la de la tarde y después iba a la comisaría o al hospital”, contó la abogada. A lo que agregó que algunos días alcanzaba a recorrer hasta 20 km, caminando de protesta en protesta, dado que a veces había hasta tres manifestaciones en distintos lugares de la ciudad. Del mismo modo, añadió que su jornada laboral podía extenderse hasta las tres o cuatro de la madrugada. Debido a lo reducido de su equipo, sólo podían contar con una persona por comisaría y, considerando la cantidad de personas que ingresaba al recinto en calidad de detenida, las horas de trabajo se prolongaban.

Pero las eternas horas laborales eran tan sola una de las implicancias para trabajadores del INDH. Los y las observadoras estaban en constante peligro teniendo en cuenta que su función era en plena línea de fuego y, a pesar de ser trabajadores del Estado, al igual que Carabineros, los uniformados de verde interrumpieron y agredieron a los de chaqueta amarilla con la justificación de que los observadores se interponían en sus procedimientos. La relación entre ambas instituciones era menos que cordial, estaban obligadas a coexistir, pero para las fuerzas policiales el INDH era solo un estorbo. “No les importaba que tuvieras la chaqueta, más de una vez terminé empapada de los pies a la cabeza por un chorro que claramente fue intencional”, cuenta la talquina.

Hubo peores encuentros entre ambas organizaciones. El 29 de octubre de 2019, Jorge Ortiz Silva, observador del INDH en la Región Metropolitana, tuvo que ser llevado a la ex Posta Central tras haber recibido el impacto de perdigones en su pierna. Al momento del impacto se encontraba en las cercanías del Centro Cultural Gabriela Mistral, ubicado en la Avenida Libertador Bernardo O’Higgins, punto álgido de combate entre Fuerzas Especiales y manifestantes en aquellos meses. Con su casco y chaqueta amarilla Ortiz se acercó a los Carabineros porque había notado que el ángulo del disparo de las bombas lacrimógenas estaba siendo de manera horizontal, cuando estas deben ser direccionadas al cielo, y el mal uso puede ocasionar el impacto directo contra los civiles. En el momento en que Ortiz se acercó a los uniformados para lograr una mejor visión del accionar de la fuerza policial, éstos comenzaron a disparar perdigones, los cuales deben ser disparados contra el suelo y no a quemarropa. Pero este no fue el caso. El observador llegó al centro asistencial de la calle Portugal con siete balines en su pierna izquierda, junto a otras 25 personas que también acudieron al recinto con el mismo tipo de heridas producto de los balines de goma.

A la fecha del accidente, el INDH había reportado 1.132 heridos, de los cuales 295 correspondían a disparos de perdigones y 38 a impactos de bala. Además, la Institución tomó 120 acciones legales, que para marzo de 2021 se elevaron a 2.349.

La ley es una

Para Ángela existen dos problemas fundamentales al momento de entender los derechos humanos: el primero es la falta de educación y el segundo es la interpretación de la ley en relación con las ideologías políticas o pensamientos personales.

“Trabajar en derechos humanos no es para cualquiera, es un camino lleno de frustraciones. Desde que yo me levanto hasta que me acuesto, lucho contra el sistema”, asegura.

De acuerdo con la talquina, el sistema judicial está marcado profundamente por la violencia, la discriminación y las desigualdades hacia ciertos grupos, así como violencias estructurales y culturales que están tan bien impregnadas en los organismos que es super difícil hacerlos cambiar. La abogada explica que, si presenta ante el tribunal un caso de una persona privada de libertad, que fue reducida y golpeada injustamente por gendarmes, aislada, sin luz y sin derecho a patio por 15 días, a nadie le importa.

“Puede existir, y de hecho existe, una legislación que no permite esas cosas, pero nuevamente a nadie le importa. Porque la persona que está presa hizo algo para estar ahí, entonces se merece el castigo”, explica con enojo y continúa: “Yo entiendo la indignación de que te entren a robar, que te hagan algo, pero como sociedad hemos evolucionado y tenemos un consenso de que nadie pierde su dignidad. Y que la sanción que le voy a dar como sociedad a otro ser humano es privarlo de su medio, de su libertad y ese es el castigo. No otro”, enfatiza.

“Hay un problema profundo que reveló el Estallido Social: el uso y abuso de la prisión preventiva en Chile, como una forma de tratar de controlar y disuadir a la población”, opina la abogada. Además, agrega que, para que el Tribunal pueda dictaminar la prisión preventiva debe tener ciertos presupuestos⁸, como presupuestos materiales de que el delito efectivamente se verificó y de que hay presunciones que indican que ese imputado cometió ese delito, que hay presunciones fundadas de su participación.

Luego viene otro aspecto, que es cómo se justifica que esa persona debe estar privada de libertad: la necesidad de cautela. De acuerdo con la jurista, esta consiste en determinar si es

⁸ Son aquellos antecedentes jurídicos necesarios para la realización de la conducta o hecho descrito por el tipo penal, de cuya existencia depende el delito.

necesario cautelar a esta persona privándola de libertad, debido al riesgo de que se escape de la justicia, oculte información o genere alguna obstrucción al proceso. “Pero en Chile es generalmente usada bajo la fórmula de que el imputado o imputada puede constituir un peligro para la seguridad de la sociedad”, afirma. Asimismo, aclara que el delito puede tener ciertas penas asociadas que pueden ser muy peligrosas en perspectiva de derechos humanos.

“En el fondo, es adelantar una pena de crimen fundada en un antecedente no objetivo, por ejemplo: si el imputado tiene tendencia a volver a cometer el delito o si tiene antecedentes”, específica. La observadora cree que es común encontrarse con *cabros* jóvenes, sin antecedentes y en prisión preventiva por un desorden público, pero considera que no se justifica. “Uno ve diferencias abismantes. Un chico de 17 años que quema la banca de una iglesia está condenado a 7 años en Puerto Montt y luego ves a un Carabinero a quien el Estado le otorgó la fe y confianza pública para que hicieran su función, abusó de su cargo y a él dieron 61 días”, narra Ángela.

En un informe emitido por la Organización de las Naciones Unidas el 25 de octubre de 2021, el organismo internacional enfatiza que el Estado Chileno hizo un uso *excesivo* de la prisión preventiva. Además, expone que "las medidas cautelares no pueden ser más gravosas que el eventual resultado de una condena, evitando por cierto que la prisión preventiva pudiera ser aplicada como una pena anticipada, más que como una genuina medida cautelar".

En la misma declaración se explica que "existe disonancia e inconsistencia en las cifras oficiales entre las instituciones, respecto al número de personas en prisión preventiva en el marco de procesos por tales delitos", y que apenas hay condenas contra agentes por violaciones a los derechos humanos. Asimismo, el Representante para América del Sur en Derechos Humanos, Jan Jarab, destacó que persisten obstáculos en el acceso de las víctimas a la justicia, reparación y garantías de no repetición, entre otros derechos fundamentales.

Luego del 18 de octubre, quienes se manifestaron a lo largo de Chile, salían de sus casas asumiendo los riesgos. La movilización que comenzó con un grupo de estudiantes saltando los torniquetes del metro, se convirtió en el mayor levantamiento popular desde el triunfo del No. Ante un escenario en que las armas estaban solo de lado de agentes del Estado, quienes se supone se preparan durante años, estudian y entrenan para utilizar los mecanismos de control y de represión, de acuerdo con lo estipulado con la normativa internacional y nacional.

Sin embargo, quienes realizaron su Juramento de Servicio, comprometiéndose con el resguardo de todos los ciudadanos y, *de servir fielmente a la patria hasta rendir la vida si es necesario*, se les olvidó su responsabilidad con el pueblo una vez que comenzó el Estado de Emergencia y comenzaron a hacer uso desmedido de la fuerza. Lo que resultó en 8.871 chilenos y chilenas que denunciaron delitos contra agentes del Estado, de acuerdo con informes del INDH.

Ángela todavía tiene grabada en su memoria los cientos de rostros que esperaban angustiados por atención médica en los hospitales, o los que veía llenos de desesperación por saber qué les pasaría mientras eran retenidos en comisaría.

Carabineros, orden y patria

“¡Vámonos! ¡Vámonos!”, le grita Ángela a sus compañeros luego de haber sido hostigada por los uniformados de verde, pero no le prestaban atención. “Ellos no pasaron por lo que yo pasé”, pensaba la observadora al mismo tiempo que seguía insistiendo a sus compañeros para abandonar el lugar, hasta que por fin se retiraron.

La abogada del INDH no siente miedo al ir a las cárceles o a las comisarías, pero sí tuvo varios altercados con Carabineros. El que recuerda con mayor claridad es aquel que quedó registrado en la página de Facebook General Augusto Pinochet Ugarte. El 25 de octubre de 2019, un día álgido de manifestaciones en la Región del Maule, Ángela estaba a cargo del equipo: dos compañeras y ella, puesto que el resto se encontraba en Curicó cubriendo otras movilizaciones. Recibió instrucciones de dirigirse al jefe del procedimiento de Carabineros y presentar la labor que estarían llevando a cabo como observadores, así que se acercó a los uniformados reunidos frente al Edificio de la Gobernación Provincial.

“Fui sola. Yo toda chiquita, flaquita y negrita. Fui donde los carabineros y pedí hablar con el jefe”, narra la talquina. En ese momento algunos carabineros que acababan de llegar al lugar empiezan a decir entre gritos: “Ustedes, ¿qué andan haciendo?, no graban lo importante que es que a nosotros nos agreden”. Muy calmadamente, la trabajadora de chaqueta amarilla le explica cuál es su trabajo, el que consiste en fiscalizar los protocolos que Carabineros debe cumplir,

que se aplique el uso gradual de la fuerza y que los medios disuasivos que ellos utilicen se dirijan sólo a quienes estén siendo violentos o causando algún riesgo, pero no a la masa indiscriminadamente. Cuando termina su explicación, se da cuenta de que terminó rodeada por aproximadamente 20 carabineros, todos hombres. Uno de ellos la grababa de frente y otro, que se encontraba en la vereda diagonal, le tomaba fotos. A los minutos en que transcurría el desagradable momento llega el jefe del operativo. Ángela se dirige a él en reclamo por las actitudes de los oficiales, pero las agresiones contra ella continuaron.

“Me sentí super pasada a llevar. Sentí que si yo hubiese sido un hombre no me hubiesen hecho eso”, dijo la observadora con pena disfrazada de rabia.

Luego de la situación, se comunicó rápidamente con su jefa para adelantarse a una posible acusación falsa por parte de Carabineros. Para su sorpresa, el gobernador de Talca de ese entonces, Felipe Donoso (militante de Renovación Nacional), se había comunicado con la jefa del INDH del Maule para decirle que “una de sus trabajadoras se estaba interponiendo ante la acción de Carabineros y si ésta prosperaba en sus actos tomarían acciones judiciales”. Al equipo no le quedó más opción que retirarse.

La institución de Carabineros de Chile se ha visto desprestigiada, principalmente, debido al uso desmedido de la fuerza en el contexto de las manifestaciones del Estallido Social. La Contraloría General de la República ratificó numerosas denuncias tanto de personas como de organismos nacionales e internacionales, a través de un informe en el que indica que entre el 18 de octubre y el 31 de diciembre de 2019 recibió 457 denuncias debidamente individualizadas. Chile acumuló una gran deuda con su pueblo con relación a la reivindicación de los derechos humanos tras el retorno a la democracia. Deuda que aumentó luego de la revuelta social del 2019. Es importante destacar que la cifra de hechos de violencia registrados hasta marzo del 2020 fue de 4075 a lo largo del país, de los cuales se culpa a carabineros en 93% de las veces.

La experiencia de aquel álgido día todavía le afecta. En ese entonces, no podía manejar sin estar atenta a sus espejos retrovisores cuando conducía camino a casa. Pero eso nunca la detuvo.

“Generalmente nos pasábamos de comisaría en comisaría con mi jefa. Conducía mi auto y llegábamos a los barrios más peludos”, comenta. Mientras, entre risas, recuerda una noche en que yendo a la Cuarta Comisaría de Talca para no descuidar su espalda, caminó pegada a la

pared, mirando atenta a su alrededor para entrar sana y salva al cuartel, porque el ambiente pesado de los gases químicos, la basura quemada de las barricada y los disparos no paraban.

Hoy, de acuerdo con Angela existen muchos casos que siguen y seguirán en tramitación, debido al tiempo que requieren las investigaciones y porque la pandemia del Coronavirus causó el retraso de los debidos procesos.

La Asociación de Funcionarios y Funcionarias del Instituto Nacional de Derechos Humanos (Affindh) declaró públicamente que el 19 de marzo de 2021 el equipo de Acompañamiento Psicosocial a Víctimas de Violaciones a los DD.HH., fue informado del término de sus funciones. Decisión tomada por el director de la Institución, Sergio Micco. Debido a esto, la vocera de la Affindh, Andrea Álvarez, denunció en nombre de los trabajadores que tal medida significaba que el INDH no podrá continuar acompañando psicosocialmente a las víctimas del Estallido Social mientras duren los procesos judiciales, período que en ningún caso es menor a 2 años. Del mismo modo, la funcionaria expuso que se desconocía la continuidad de los equipos jurídicos de apoyo a las víctimas, y que acabar con este servicio resultará complejo para que los y las funcionarios/as de planta del INDH tramiten las 3.010 querellas presentadas hasta la fecha, dificultando aún más la posibilidad de brindarles justicia y reparación.

Nueves meses más tarde y luego de dos semanas de paralización de actividades por parte de la Affindh, entre otras cosas, se pedía la renuncia del director de tal organismo público. Asimismo, en un petitorio entregado por la agrupación solicitaron el fortalecimiento de los equipos técnicos, la disposición de medidas de autocuidado para los funcionarios/as, y el fin a irregularidades administrativas.

En vista de la presión, el todavía director del INDH gestionó la cifra de 1.700 millones de pesos ante la Dirección de Presupuestos, con la finalidad de dar continuidad al programa, y posiblemente incorporarlo de manera permanente a la institución.

De acuerdo con la abogada del Maule, actualmente el proceso de acompañamiento cuenta con un equipo multidisciplinario, “puesto que se comprende la complejidad para la víctima en su proceso de reparación y para un cabal entendimiento del proceso judicial”, explica.

Ángela cree que la lucha a favor de los derechos humanos es un camino de frustración para quienes los defienden, son tildados de comunistas y pasan a ser un enemigo. Considera que aún falta mucha educación para que demos ser tan evolucionados y tolerantes como creemos que somos. “Si tuviéramos más educación, podríamos mirar a la gente y mirarnos entre todos como lo que somos, personas todas iguales y respetarnos”, defiende firmemente.

La jurista opina que a pesar de lo negativo y de todas las veces en que puso en peligro su vida, el Estallido Social ayudó a la Región del Maule a volver a construir un tejido social, pues generó mayor cohesión de las distintas organizaciones, así como también el surgimiento de nuevos colectivos y organizaciones para la defensa de derechos ciudadanos.

Para la talquina, la revuelta social generó un crecimiento profesional importante en ella y reafirmó su compromiso con su trabajo, puesto que, si de una cosa estaba segura, es que la vocación por la defensa de los derechos humanos siempre estaría presente en su vida.

MADRE DE LA REVUELTA

La puerta principal de una casa del barrio de Ñuñoa fue cerrada con gran fuerza por el hijo mayor de la familia que vive ahí. Una fuerte discusión dentro del hogar estalló ese día, y tras dejar la entrada a su espalda, Rodrigo se dirigió con paso firme a las manifestaciones de Plaza Dignidad, sin saber lo que allá le esperaba.

A las 19 horas de ese día su madre trabajaba junto a su marido en su negocio, recibía y organizaba los pedidos de su local de sushi que se encuentra cerca de su residencia. Le escribió a su hijo para saber dónde estaba, pero los mensajes no le llegaron. Ella sabía que no era normal que no contestara los Whatsapp, ni las llamadas. Sin perder la calma continuó con su trabajo, porque también sabía que si algo malo había pasado pronto se enteraría. Y a los minutos alguien la llama:

— Aló — contesta Priscila, la madre.

— Aló Priscila, te habla Marcos Medina, tu vecino. No entiendo muy bien qué está pasando, pero están los Carabineros aquí en tu casa. Creo que tienen detenido a tu hijo.

La primera noche

El 19 de marzo de 2021 Rodrigo fue detenido por Carabineros de Chile en Plaza Italia o Plaza Dignidad como fue re-bautizada, dado que fue el epicentro de las manifestaciones en la Región Metropolitana a partir del 18 de octubre de 2019. Quienes lo detuvieron eran dos carabineros de Independencia y al llegar a la comisaría la uniformada que lo recibió le dijo: “Te vas a morir adentro, pendejo de mierda”.

Luego de todo el trámite en que crean su carpeta, la cual no tiene ningún antecedente, le toman las fotos obligándole a usar capucha. Le conceden la llamada a sus familiares y de inmediato Priscila contesta el teléfono de red fija del local. Primero la carabinera se cerciora de que efectivamente fuera la madre del joven, le informa acerca de la detención y pregunta si quiere hablar con él. De inmediato la mujer en la otra línea contesta que sí y Rodrigo toma el teléfono.

— ¡Mamá yo no hice nada, yo no hice nada! — le dice eufóricamente a su madre.

— Rodrigo, cállate — le responde duramente a su hijo.

— Pero mamá, yo no hice nada — le repite nuevamente mientras continúa exaltado.

— Cálmate, ¿es verdad o es mentira? — pregunta Priscila.

— Mentira — responde sin titubeos.

— ¿Mentira, mentira? — insiste su madre.

— Mentira, mamá — le repite firmemente.

Dado a su profesión, Priscila estaba muy informada de lo que sucedía con los detenidos en contexto de las protestas sociales, había leído y ayudado a escribir notas en los medios de comunicación acerca de muchos casos de presos políticos de la revuelta y sabe cómo funciona el sistema.

— Okey, yo te creo. Esto es lo que va a pasar. Te vas a ir a la cárcel por *hueón*, porque habíamos quedado en que tú no ibas más a las manifestaciones.

— ¡Pero, mamá! — le interrumpe.

— No hay nada que yo pueda hacer en este momento para evitarlo. No sé cuánto me voy a demorar, pero yo te voy a sacar Rodri — le asegura su madre con convicción.

No existe un protocolo establecido por parte de Carabineros en cuanto a la duración de las llamadas para los detenidos, pero eran conscientes de que el tiempo sería limitado. A pesar de la dureza de Priscila en un comienzo, intentó contener y calmar a través del teléfono a su hijo que en ese entonces tenía 18 años. Luego de terminar la llamada le explica la situación a su marido, mientras que el teléfono vuelve a sonar, pero esta vez era el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH). Llamaban para informarles la condición del detenido, sin golpes y en buen estado.

Debido a las restricciones sanitarias por la pandemia del Coronavirus, no se permitía que la familia estuviera presente en el traslado. Sin embargo, una funcionaria del INDH aseguró que lo acompañaría al Centro de Detención Preventiva Santiago 1, establecimiento penitenciario al

que hasta agosto de 2021 albergaba a 77 presos detenidos por causas relacionadas a la revuelta social.

En tanto, esa misma noche, Mariela Santana desde la Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo, mejor conocida como CODEPU, se comunica con Priscila. “Sabemos que tienen a Rodrigo, María Jesús del INDH se puso en contacto con nosotros y queremos saber qué tienen pensado como familia, qué acciones legales han considerado tomar”, pregunta la funcionaria.

Priscila es comunicadora audiovisual y se dedica a la producción, es decir que para ella todo es para ayer. Aprendió que las decisiones deben ser tomadas con rapidez, y ésta era una de las más difíciles de su vida: el bienestar de su hijo estaba en juego. Su mente trabajaba a toda máquina mientras consideraba sus alternativas, necesitaba segundas opiniones así que le pidió a Mariela que esperara su respuesta mañana temprano.

Esa noche llamó a todo aquel que pudiera ayudarla a tomar la mejor decisión en cuanto a la defensa legal para su primogénito. Hizo una encuesta, les consultó a todos sus amigos abogados, a los hijos de las tías que eran abogados, al padrino de su marido que es juez, al hijo de ese mismo padrino que también es abogado, incluso le preguntó a unos amigos abogados de gendarmería y por si era poco, le preguntó a los amigos de los amigos. Todos le aconsejaron lo mismo: déjalo con la CODEPU. Una organización no gubernamental y sin fines de lucro de Derechos Humanos fundada durante la dictadura militar, que desde 1980 asiste a las víctimas y los familiares de las víctimas de violaciones a los derechos humanos.

Al día siguiente, luego de una larga noche para Priscila, llama a Mariela y le confirma que dejaría la libertad de su hijo en sus manos.

Noventa días

El 14 de diciembre de 1989 Priscila estaba en el Estadio Nacional junto a sus padres y miles de personas que celebraban el triunfo de Patricio Aylwin, primer presidente elegido democráticamente después de 17 años de la dictadura cívico-militar. “Se puede decir que soy hija de la dictadura, nací en dictadura y crecí en dictadura. Mi familia tiene una historia política detrás, hay exiliados políticos y detenidos desaparecidos”, comenta Priscila.

Reconoce que en el momento en que tomó las decisiones en relación a la defensa de su hijo, no tomó en cuenta la opinión de su marido Ignacio y recién después de una semana comprendió que él no entendía qué era la CODEPU. Al venir de familias totalmente distintas, los contextos históricos que manejaban eran diferentes y él no comprendía la carga histórica de la organización. Su pareja se crió en una familia demócrata cristiana, estudió en un colegio católico y la política no era un tema de conversación recurrente en la once.

La Fiscalía proponía 45 días de investigación, pero el equipo de cuatro abogados de la CODEPU propuso 90 días. Gabriel Ramos, el abogado vocero de Rodrigo y quien fue un gran apoyo en todo el proceso, cuando se juntó tele presencialmente con Priscila por primera vez le hizo distintas preguntas para saber más acerca de la familia, quiénes eran, cómo vivían, y todos sus antecedentes generales. Lo que Gabriel nunca esperó fue el interrogatorio que la madre tenía para él. “Si yo voy a dejar a mi hijo en sus manos yo necesito porcentajes, a cuántos cabros han sacado, cuántos han defendido”, preguntó.

La conversación se dio bajo esa dinámica de cuestionamiento, hasta que Gabriel explica el porqué de los 90 días y no 45, ya que era importante que se lo explicaran a Rodrigo y él lo entendiera. “Nosotros hemos llevado varios casos y, en nuestra experiencia, pedimos 90 días porque sabemos que en 45 no vamos a lograr nada”, expone.

La comunicadora estuvo de acuerdo con lo que sus abogados solicitaban, tras recordar el caso de Renato Ibarra, apodado El Pekas. Un joven de 20 años que, para ese momento, ya llevaba tres meses de prisión preventiva. Un caso muy parecido al de su hijo. El día en que fue detenido por Carabineros, Renato fue acusado de portar artefactos incendiarios en una mochila que ni siquiera era de él. Sus abogados pidieron 45 días y estuvo 303 en la cárcel de Santiago 1.

“Cuando pasan los 45 días y no hay nada, eso para los cabros adentro es terrible. La familia comienza a desesperarse, a pensar que los abogados son inútiles y que el sistema no funciona”, comenta Priscila. “Por eso Gabriel me dio la certeza de que ayudándole con todas las herramientas que necesitara, en 90 días yo estaría con mi hijo”.

La madre sabía que no necesitaba a cualquier abogado, sino que a uno penalista y especialista en derechos humanos, así que confió en la propuesta que le hizo la organización con más de 30 años de experiencia en la materia.

La realidad del sistema carcelario

Los primeros dos meses Priscila y su familia se las vieron casi por sí solos. No se contactaron con organizaciones de presos políticos sino hasta que comenzó el transcurso del tercer mes en que Rodrigo seguía en prisión bajo la medida cautelar de prisión preventiva. Llegó a la Organización de Familiares y Amigos de Presos Políticos (OFAPP) y gracias a su profesión, desde ese momento ha sido colaboradora en las comunicaciones de la agrupación.

Por otro lado, el mundo carcelario era uno que antes no manejaban y al menos en cuanto al tema de las encomiendas, el recinto penitenciario tenía muchas reglas y artimañas que desconocían.

De acuerdo a la realizadora audiovisual, su primogénito tuvo mucha suerte al no pasar por el Módulo Covid y pasó directamente al Módulo 3, en el cual se encontraba el conglomerado más grande de los presos de la revuelta. Cayó justamente al lado de Renato Ibarra, quien lo ayudó a comunicarse con su familia, ya que Renato tenía *sistema*: un celular móvil que consiguen a la mala y a un alto precio dentro de la cárcel.

Gracias a su compañero, Rodrigo pudo hablar con su madre por primera vez desde que entró a prisión.

— ¿Estás bien? — pregunta su madre.

— Sí, mamá, estoy bien — contesta.

— Necesito que vayas entendiendo todo — Priscila le explica cómo será el proceso y quienes serán sus abogados, cuánto tiempo y por qué estiman que la investigación durará esa cantidad de días — Vi tu carpeta y no hay nada, solo la declaración de un carabinero de Independencia que te acusa de portar dos bombas molotov, que en realidad, si lo fueran, están muy mal diseñadas porque una tiene hasta jugo. Tu carpeta ni siquiera tiene tu nombre. Debajo de tu foto no dice Rodrigo Ignacio Araya Olivares, dice Johan Andrés Araya Taylor.

El abogado les indicó el error en la carpeta, así como las nulas pruebas que tenía Carabineros para mantener al joven en prisión. Las pruebas de hidrocarburo dieron 100% negativas, lo cual no tendría sentido si las acusaciones de los oficiales fueran ciertas, ya que en su declaración consta de que Rodrigo sacó con sus manos las bombas molotov de sus bolsillos y las tiró al

suelo. La equivocación en los nombres de las carpetas no es un caso aislado y, según Gabriel, es algo que pasa mucho, casi un *copy paste*.

Por ejemplo, en el caso de Renato, a un día de su juicio la investigación salió sobreseída, y las carpetas de él y Rodrigo eran muy similares. Sin antecedentes y sin pruebas mayores a las del testimonio de parte de los carabineros.

Gracias a María Jesús del INDH, Priscila se comunica con la hermana del Pekas, Daniela Ibarra, quien se ha hecho cargo de la bandera de lucha para liberar a su hermano y quien ayudó a la familia Araya a entender un poco más acerca del mundo carcelario.

“La Dani, con sus 26 años fue quien primero nos acogió, nos hizo una lista de las cosas que se pueden mandar en las encomiendas y de cómo se comportaban los gendarmes en Santiago 1, porque cada cárcel es un mundo”, explica la productora.

La lista era bien detallada, solo puedes enviar ocho panes que deben estar bien envueltos en papel envoplast y que no pueden tener tomate, lechuga o cualquier otro vegetal. Sólo pueden rellenarlos con manjar, carne, queso o suplementos de la carne como el seitán. Otras cosas que se pueden enviar en la encomienda son snacks, golosinas, bebidas gaseosas blancas como Sprite y *porquerías*. “Además de eso, hay dos formas de entregar la encomienda: puedes hacer la fila y vas a estar todo el día ahí o puedes comprar un puesto”, le dijo Daniela.

La hermana de Renato le explicó que hay una señora que vende los puestos, es decir, tú le compras el lugar a 5 mil, 10 mil o 20 mil pesos, dependiendo que tan adelante lo quieras y así haces más rápida la fila. Porque entregar una encomienda puede llevar desde las 3 de la madrugada hasta las 4 de la tarde.

Sin embargo, después de todo ese esfuerzo de parte de los familiares por enviarles algo más decente para comer que la comida que preparan en prisión, la mayoría de las veces las encomiendas no llegan completas. “Los cabros adentro reciben su encomienda con el listado de cosas que le enviaron, pero la realidad es que se pierden cosas en el camino. Llegan menos panes, los cigarros abiertos y paquetes de papitas fritas a medias”, lamenta la madre de Rodrigo.

La productora cuenta que en primera instancia su hijo compartió módulo con la gran mayoría de presos políticos del Estallido Social. Estuvo con Nicolas Peña, ingeniero de 33 años que fue detenido y golpeado en Barrio Bellavista por las fuerzas policiales, al ser acusado de incendiar un furgón policial y por homicidio frustrado contra Carabineros, mientras caminaba en

dirección a su casa, con su madre de testigo. Con Cristian Briones, uno de los primeros en caer el 23 de octubre de 2019, quien estuvo un año y siete meses en prisión preventiva hasta ser sentenciado por tres años y un día por el delito de lanzamiento de artefacto incendiario, con peritaje de hidrocarburo negativo, sin registros audiovisuales que muestren el supuesto delito y sólo con el testimonio de los uniformados de verde como prueba. También compartió con Jesús Zenteno, Matías Rojas y Benjamín Espinoza, quienes fueron imputados por el caso del Hotel Principado y a un día de su juicio los absolvieron por falta de pruebas luego de dos años de prisión preventiva.

Todos ellos y más presos de la revuelta se encontraban en un mismo sector de la cárcel, juntos pero aislados. En algún momento se presentó una serie de problemas dentro de los días en que Rodrigo se encontraba preso, debido a que los trasladaron a todos al Módulo 14. Donde no tenían acceso a agua, hasta que los abogados pudieron gestionar aquel servicio básico y fundamental, gracias a un oficio que interpuso la misma Priscila.

Los días que no volverán

“Yo no peleo por el indulto, yo peleo por la absolución de Rodrigo porque es inocente. Si fuera culpable quizás sería distinto, porque no comparto aquella violencia y ese enojo que hace que alguien quemé una iglesia”, dice Priscila.

La comunicadora no está de acuerdo con aquel *anarquismo* por el cual muchos se abanderan y usan como justificación para cometer un delito. “La sociedad no quiere vivir en el caos, en el que se quema todo. Yo no quiero ese mundo”, enfatiza.

De acuerdo con la madre, hasta el día de hoy la población tiene una concepción errónea de los presos políticos del Estallido Social. Se cree que están encarcelados por quemar y saquear pymes indiscriminadamente, pero la verdad es que el conglomerado mayor de presos son *cabros* sin antecedentes penales y detenidos en contexto de manifestación bajo pruebas falsas. Por eso se caen los casos. Por eso, Mauricio Cheuque está en su casa, después de 14 meses de prisión preventiva, al haber sido acusado falsamente por Carabineros de portar una piedra y una bomba molotov en medio de la conmemoración por la muerte de Camilo Catrillanca en La Victoria. Procesos irregulares, detenciones arbitrarias y pruebas falsas, es lo que enmarca la razón de las

11.300 detenciones y de las 2.500 personas encarceladas en dicho contexto, según las cifras de los informes mensuales del Instituto Nacional de Derechos Humanos.

Priscila es una mujer muy fuerte, que en medio de las dificultades actúa instintiva pero calculadamente en función de arreglar el problema. En todo el proceso que vivió sabiendo que su hijo estaba en la cárcel, su mejor mecanismo de defensa y su contención fue ayudar al resto.

Cuenta que en algún momento se sintió juzgada por decirle la verdad a su hija, Arian Alejandra, de cinco años. Mentirle nunca fue una opción, pero sí necesitaba saber que Rodrigo estaba sano y salvo. Por ese motivo, primero le dijo que su hermano había viajado a Puerto Montt a ver a su polola y una vez que tuvo el panorama claro le dijo toda la verdad.

— ¿Y qué pasa si mi hermano no vuelve? — pregunta Arian entre lágrimas.

— Tu hermano va a volver, ¿confías en la mamá? — le pregunta a su hija.

— Si — responde.

— Entonces confía en la mamá, tu hermano va a volver — le asegura.

“Por supuesto que lloró, es su hermano. Se llevan 14 años de diferencia pero son súper cercanos. Juegan juntos, la cuida cuando no estamos nosotros, es como otro papá para ella”, dice y agrega que “le explique todo el contexto y la manera en que su hermano fue detenido por carabineros. Obviamente no nombré las bombas molotov, porque obviamente ella no sabe lo que son”.

Otra persona importante en el núcleo familiar es la mamá de Priscila, quien vive con ellos. “Mi mamá tiene 71 años, vivió la dictadura y no le podía pedir que sea un bloque de hielo como yo. Ella no es así, mi mamá llora por todo”, comenta.

Todo el proceso de cárcel de Rodrigo fue puertas afuera. No pudieron acceder a verlo y conocer su estado real en ningún momento. De acuerdo a la cuenta de Twitter oficial de Gendarmería, en junio 2020 dicha Institución implementó junto al Ministerio de Justicia y Derechos Humanos el Plan CoronaVirus, el cual consiste en la creación de un sistema de mensajería para que los reos puedan comunicarse con sus familiares, incluyendo reportes diarios de la situación que enfrenta cada unidad penal, ante la emergencia sanitaria del Covid-19.

Sin embargo, según Priscila, su único contacto era en las noches por medio del *sistema*, pero eso dependía de su compañero de celda, ya que su muchacho no tenía un celular propio. Y a través de Gabriel, quien varias veces iba al recinto penitenciario solo para saber cómo estaba el joven. “Llegamos a estar 17 días sin saber de Rodrigo, mi marido y yo pensábamos, estará bien o estará mal. Pero solo me quedaba decirle al Nacho que, si algo malo pasaba, lo sabríamos a través de otras mamás u otros cabros”, afirma la madre.

Lo que más le pedía a su hijo era que guardara la calma, pues conocía su temperamento. Que se callara ante los gendarmes, que no peleara, que si le faltaba algo en la encomienda que no dijera nada. Sabía lo mucho que le costaba a Rodrigo seguir esas instrucciones, pero lo que más quiso transmitirle es que si reaccionaba de mala manera el único perjudicado sería él. “Si haces escándalo, si generas lío, lo único que va a ocurrir es que el gendarme va a rechazar tu encomienda y no va a dejar pasar tus cosas. Lo lamento mucho, pero tienes que bajar la cabeza”, le insistió. “Quédate *piola*, porque el objetivo es sacarte lo más pronto posible”.

La comunicadora audiovisual cuenta que los dos bisabuelos paternos de Rodrigo murieron en el 2021 de vejez. Vivían en la calle Manuel de Salas y su bisabuelo, el Tata Juan, murió mientras el joven estuvo preso. Creció toda la vida al lado de él. Su plaza era la Plaza Ñuñoa, venía a jugar y patinar desde pequeño y la casa de los tatas siempre estaba ahí al lado. “Cuando el Tata Juan murió fue otro tema, porque mi marido quería sacar a Rodrigo y yo como mamá no podía dejar que eso pasara”.

— Es mi abuelo, ¿cómo no va a poder ir al funeral? — pregunta Ignacio con cierta indignación en su voz — Gabriel puede hacerlo — afirma.

Los beneficios penitenciarios permiten que los jefes de los establecimientos puedan autorizar, con vigilancia, la salida esporádica de los internos, por situaciones en que sea comprobable la enfermedad, caso de accidente grave o muerte de parientes próximos o personas íntimamente ligadas con ellos.

— No, estoy loco — le responde Priscila.

— Pero Gabriel puede — protesta su marido.

— Yo sé que Gabriel puede, pero cómo mamá no te puedo permitir eso — insiste firmemente.

— Tengo que pensar en mi hijo antes que tu abuelo. Perdón, yo sé que es doloroso pero tu abuelo murió y él va a entender si es que está viendo.

El padre de Rodrigo, evidentemente molesto por la situación seguía sin entender el punto de vista de su esposa.

— Si yo logro que saquen a Rodrigo, lo van a sacar engrillado y va a ir al funeral con al menos cuatro gendarmes y con las medias pistolas. Así mismo va a llegar al velorio, va a ser chocante para Arian, para él y para nosotros — explica la productora.

Priscila sabía que ella e Ignacio podían soportarlo, pero no estaba dispuesta a que su hija pasara por eso. O su abuela que después de todo lo que vivió en dictadura. Quizás su marido pensaba que Rodrigo y la familia podían aguantar vivir algo así, pero el gran pero era otro.

“Yo no tengo certeza de que con el Covid al cabro lo devuelvan al mismo módulo. Qué pasa si cuando vuelve lo dejan en aislamiento y en vez de meterlo en el Módulo 12, donde ahora está con todos los presos de la revuelta, lo meten en otro módulo con otros presos”, le explicó a su marido.

Además, Priscila era consciente del choque emocional que sería para su hijo salir, respirar el aire de afuera, abrazar a su familia, probar la libertad y luego arrebatársela nuevamente. Sumado a la incertidumbre de que no volviera a un espacio con las personas con quienes ya había creado un compañerismo, y un lugar seguro para sobrevivir.

Para la productora eso ha sido la parte más dolorosa en ésta historia, porque todo es un proceso, sigues adelante sabiendo que se va a terminar en un minuto, que la carpeta se va a cerrar algún día y el juicio va a pasar. Pero ¿qué es lo que queda? se pregunta.

“¿Quién me devuelve el cumpleaños número 19 de mi hijo? ¿Quién me va a pagar el dolor de mi mamá? Que hasta el día de hoy piensa que a Rodrigo lo van hacer desaparecer. ¿Quién me paga todo el llanto de la Arian? ¿Quién me devuelve el día de la madre de este año? ¿Quién le devuelve a Rodrigo la posibilidad de haberse despedido de su Tata Juan?”.

Libertad

Para los padres de Rodrigo y en especial para Priscila, se producía un gran pesar cuando entraban a su casa después de un largo día de trabajo y no veían, como era de costumbre, a su

hijo sentado al fondo del comedor, recostado de la ventana y con un pie apoyado en la mesa mientras se concentraba en los dibujos que creaba con papel y lápiz.

El 14 de junio del mismo año en que detuvieron al primer hijo de la familia Araya Olivares, Gabriel, su abogado, enfrentó en la mañana de ese día la audiencia decisiva para la libertad del joven. Cuando comenzaron las restricciones de movilidad en el 2020, la Corte Suprema reguló el trabajo a distancia de los funcionarios de tribunales e impartió algunas normas para que las audiencias que normalmente se llevan a cabo en los edificios públicos, se realicen por sistemas en línea y no presenciales. Por ende, la instancia que determinó la salida de la cárcel del muchacho de 19 años fue en una instancia telemática vía Zoom.

Era lunes y Priscila estaba acostada en su habitación junto a su marido, él veía televisión y ella tenía el computador en las piernas para adelantar un poco de trabajo antes de comenzar su día, mientras que Arian los acompañaba en la cama avanzando en sus tareas. El defensor le escribe a las 9:45 a la productora, para informarle que ya había alegado y que solo faltaba el fallo del juez.

A los minutos le envía una nota de voz con la grabación del magistrado, en la que decía que la medida cautelar de privar de libertad a Rodrigo Ignacio Araya Olivares, cambiaría por arresto domiciliario nocturno, es decir que debe estar en su domicilio desde las 22 a las 6 horas, además agregaron la prohibición de estar en las proximidades de Plaza Italia dentro de un rango de 500 metros en todo momento.

La palabra “libertad” fue el mensaje siguiente del jurista, mientras que la familia celebraba con emoción que en unas horas volverían a tener al querido Rodrigo en su hogar.

A las siete de la tarde, Lorena, una gran amiga de Priscila, los recoge a ella y a su esposo en su residencia y se dirigen rumbo al Centro de Detención Preventiva Santiago 1. Arian y su abuela se quedaron en casa, con un cartel decorado con las pequeñas manos de la niña en el que se leía con letras grandes “Bienvenido”.

Esperaron afuera del recinto frente al enrejado de seguridad de barrotes azules. El frío del invierno los acompañó en la espera que se hacía eterna para la familia, junto al dolor de estómago debido a los nervios que cada vez se hacían más presentes. Habían pasado toda la tarde preparando el recibimiento que le tendrían, no sabían que prepararle para comer, porque a pesar de que el joven siempre había tenido un gran apetito, eran conscientes que eso

posiblemente había cambiado ahí dentro. Prepararon un poco de todo, para asegurarse de que la bienvenida fuera de su gusto, pero lo más importante para la familia era recibirlo con mucho amor y contención.

Pasaban los minutos y escucharon el *barrotazo*⁹, lo que indicaba que habían sacado a un preso de alguno de los módulos. La impaciencia crecía al saber que Rodrigo estaba cada vez más cerca de su libertad. El lapsus entre el sonido de los barrotes y la figura del muchacho caminando hacia la salida, fue mucho más largo de lo esperado. La familia ya estaba informada de que lo liberarían entre las nueve y diez de la noche por el toque de queda, pero las ganas de tenerlo en sus brazos eran demasiado grandes y los segundos parecían horas.

Priscila estaba junto a Ignacio y amigos cercanos que esperaban desesperados porque llegara el momento. Seguían alertas cuando vieron a Rodrigo salir de la puerta del recinto, que estaba separada de la reja azul por un largo pasillo. Caminó escoltado por dos gendarmes hasta la mitad de ese camino, hasta que lo dejaron solo y mantuvo un paso apresurado para al fin salir por el costado de aquel gran portón. Salió. Después de 87 días privado de libertad vio a su madre y saltó a sus brazos.

Aquella madre esperó con ansias aquel día desde que se enteró que su hijo entraría a la cárcel y en ese momento, aquel *corazón de hielo* de Priscila ardía con un gran fuego emanado por la felicidad de finalmente tener a su familia completa.

La madre era consciente de que su muchacho ya no era el mismo. “Los cabros salen de la cárcel con mucha rabia, frustración y miedo”, cuenta. Hasta su sistema digestivo era otro, a pesar de que era delgado podía comer hasta dos platos grandes de pasta, pero ahora solo se come media porción. La primera noche en casa durmió con ella y su esposo. Hasta el día de hoy se despierta en las noches y muchas veces sueña que los uniformados de verde se lo van a llevar.

Su hijo nunca había pasado frío ni hambre, pero en la cárcel se dió cuenta de que hay personas que viven así todos los días. Y que esa también es la realidad de muchas poblaciones en Chile. Se dió cuenta que no todas las plazas son como las de Ñuñoa y que no todos los parques son como el Inés de Suárez.

⁹ Situación en que prisioneros golpean los barrotes de las celdas para indicar la salida de otro.

Para la familia Araya Olivares, la disputa por la justicia y reparación todavía no ha terminado. Desde los comienzos del Estallido social y, especialmente después de haber conocido a otras familias que atravesaron por el mismo o peores procesos que ella, Priscila confronta los abusos por parte del sistema judicial chileno desde su profesión. Mantiene su labor en la Organización de familiares y amigos de presos políticos en la gestión de las comunicaciones, así como también sigue trabajando independientemente en sus proyectos audiovisuales. Una mujer y madre aguerrida, que nunca pierde la templanza ante las dificultades, y que continúa en la lucha, por ella, por su hijo y por todos.

LAS NIÑAS QUE JUEGAN CON DINOSAURIOS

Es el año 2020 y las protestas en las calles no sólo continúan pese a la crisis sanitaria, sino que van en aumento. El Intendente de Santiago, Felipe Guevara, está en la televisión hablando sobre el balance de una de las jornadas con más convocatoria, esta vez fue en Plaza Los Héroes. De fondo pasan imágenes de manifestantes y aparece un dinosaurio alto y de color verde (no uno real, sino que una persona disfrazada) que destaca entre la gente. Le hacen un acercamiento y se transforma en el personaje principal. Tan pronto el Intendente lo ve, alega: “Esos. Los que están ahí son delincuentes. Son terroristas. Son anarquistas. Son el peligro. El día que caigan detenidos serán esos cargos los que se les atribuyan”. Pero el Intendente no se imagina que el *peligro* con forma de reptil prehistórico es una niña y tiene sólo doce años.

Ignacia es una adolescente alta y morena, de pelo largo, negro y liso. Sus ojos son achinados y profundos, su mirada es simpática y denota inocencia. Está vestida completamente de negro, con unas argollas plateadas y una polera que dice Crónicas De Un Estallido. En la parte derecha de su pecho tiene puesta una chapita con la imagen de una joven que arriba dice: Justicia Para Ángela. Físicamente, aparenta al menos unos 16 años, y su sencillez y serenidad acompañan ese prejuicio. Al principio no es muy expresiva y parece ser callada. De a poco toma confianza y conduce la conversación, con respuestas no comunes para una niña de trece años, quien no olvida cuando el Intendente de Santiago la llamó terrorista.

El 18 de octubre del año 2019, Ignacia Muñoz tenía once y estaba en la casa de su abuelo, ubicada en la comuna de San Ramón, junto a su madre. Al igual que muchas otras niñas y niños, miraba la televisión y no entendía mucho lo que estaba pasando. Veía violencia. Veía encapuchados, destrucción, fuego, humo y saqueos. Su madre trataba de explicarle, pero la verdad, probablemente nadie entendía realmente lo que estaba pasando y lo que estaba por suceder.

“En la tele mostraban a la primera línea antes que todo, pero no a la verdadera primera línea. Mostraban a los que saqueaban, a los que se encapuchaban para hacer maldades”, explicó Ignacia. Su madre, Soledad Maturana, no podía creerlo. No quería creerlo. “¿Cómo puede ser todo tan malo?”, se preguntaba. Decidida en comprender lo que acontecía en el país y en

mostrarle la verdad a su hija, la llevó el 20 de octubre a la Plaza Italia, que más tarde se conocería como Plaza Dignidad. —Ahí *caché* que todo era distinto—dijo Ignacia.

La *destrucción* que los medios tanto apuntaban era una pequeña parte de lo que sucedía en ese lugar coloreado con lienzos y pancartas de todo tipo, que en un momento logró convocar a más de un millón de personas. Se hablaba de caos y delincuencia, pero ellas encontraron la luz y la esperanza entre el humo y los perdigones. “Los delincuentes de los que tanto se hablaba eran médicos, periodistas, abogados, paramédicos, auxiliares de enfermería. Eran mamás que acompañaban a sus hijos a luchar por lo que creían. Mujeres que daban almuerzos, que repartían sandwiches y agua”, explica Soledad.

— ¿Podemos volver, mamá?

Y nunca más se fueron.

Soledad, conocida en la calle como la tía Sole, siempre ha involucrado a su hija en las ayudas sociales de las que participa. Desde muy pequeña le ha mostrado que hay diversas realidades, distintas historias, y que uno siempre puede y debe estar para el otro. De la mano de su madre ha conocido a personas, a veces niñas y niños pequeños, de su edad, que viven en las calles y que muchas veces no tienen qué comer. Ellas sentían un llamado especial en esta ocasión y un deseo innato por apoyar, tomando siempre la distancia y los resguardos correspondientes. Siempre las dos. Madre e hija.

Aparecían las primeras víctimas; los primeros asesinados, los primeros mutilados. El resto de la familia temía por ellas. “No estaban de acuerdo. Tenían mucho miedo por lo que habían visto. Pero nosotras vinimos y vimos que era otro mundo. Ellos veían la violencia que mostraban en la televisión, y nosotras llegábamos contándoles otra cosa. Sí existían los enfrentamientos, pero nosotras nos alejábamos de ese sector. Tenían miedo de que no llegáramos, estaba muriendo gente. Yo vi morir gente”, dijo Soledad.

La necesidad de apoyar era fuerte. Al principio asistían todos los días a Plaza Dignidad, después del trabajo y del colegio, a repartir colaciones a los manifestantes, sin conocerlos, sólo con la convicción. A veces era un *Super 8*, cuando había más recursos era un pan y un jugo. La única justificación para esta acción era saber que los y las que estaban día y noche resistiendo debían comer y alimentarse para seguir.

Tras varios días en Plaza Dignidad y participando en ollas comunes itinerantes, hicieron algunas amigas. Una de ellas es Giovanna Grandón, más conocida como La Tía Pikachu, quien las invitó a su casa en el sector de Lo Hermida, Peñalolén, en diciembre de 2019. Una de las vecinas estaba vendiendo un disfraz y a Ignacia le quedó. La semana siguiente salió a marchar con su madre estrenando su traje nuevo. Así nació DinoNachita.

Ignacia considera que usar su corpóreo en las marchas es otra forma de manifestarse y un personaje más de la protesta. “Para mí el objetivo son los niños. Muchos niños vienen a la Plaza Dignidad, incluso niños pequeños. Yo les bailo, les hago reír. Les doy su apañe de forma divertida. Ahora, por ejemplo, ayudo a tapar a la gente del chorro y de los drones. El dino es más grande, más alto, y los puedo proteger. A los niños los trato de correr siempre hacia atrás, la represión no respeta protocolos”, explica con un tono de orgullo en su voz, sin titubeos. Algunas de las propuestas son llevar color, alegría, música, baile y entretenimiento a un lugar donde hay violencia, agredidos, muertos, barricadas, fuegos artificiales, explosiones, humo, perdigones y balas.

Ya ha tenido tres disfraces. El primero lo rajaron, e hicieron una lucatón para comprar otro, hasta que fue reventado. El tercero y actual, fue obsequiado por otro personaje de la Plaza Dignidad: el Sensual Spiderman. Tras romperse el traje, hicieron bingos, lucatones y mandaron a hacer unos tazones con la imagen de DinoNachita para recolectar dinero, pero aún no les alcanzaba. Un día, el *Spiderman* les preguntó si irían a Dignidad y apareció con el traje de regalo. El disfraz actual simula un tiranosaurio rex de color verde que tiene la boca abierta y muestra los dientes. Tiene una pequeña ventanilla debajo del hocico hecha de un material transparente, que le permite ver. Es un disfraz autoinflable que utiliza como mecanismo un ventilador al interior, y funciona con baterías que pueden recargarse a través de un cable USB.

Cuando Ignacia se transforma en la DinoNachita, ella depende de su madre. Su visión panorámica se ve completamente afectada y no ve casi nada. La mano de su mamá es su guía entre el humo, las bombas, los chorros, las bengalas, la gente corriendo y los *piquetes*.

Para ir a la Plaza Dignidad se equipan con cortaviento, así se protegen de los químicos, o con un polerón que cubra gran parte del cuerpo. Llevan antiparras y máscara antigases. Además, el traje está siempre dentro de la mochila junto con baterías de emergencia en caso de que se descargue. Últimamente, llevan una bandera de Ángela, una amiga de ambas que fue asesinada

en contexto de protesta, con el fin de sentirla presente, recordarla y generar conciencia para hacer justicia. Junto a esto, llevan botellas de agua congeladas, pues dentro del traje la temperatura aumenta considerablemente e Ignacia necesita refrescarse e hidratarse constantemente, al igual que Soledad, debido a que tiene problemas de salud. Les regalaron máscaras fullface a las dos, pero a Ignacia no le gusta usarla y prefiere las de medio rostro.

Una niña como cualquier otra

Ignacia cursa séptimo año en un colegio privado de la comuna de San Bernardo, más *cuiquito*, como dice ella. Está becada, y por temor a alguna discrepancia ideológica, prefiere no referirse ni nombrar a la institución. Algunos de sus compañeros saben que ella se transforma en DinoNachita. “Cuando sale en la tele los compañeros saben que es ella, pero es algo que se habla muy poco, pues queremos respetar los protocolos. A su vez, Ignacia debe mantener sus notas perfectas, ese es el compromiso que hicimos las dos y que permite que yo la deje seguir con su personaje”, comenta su madre.

Sobre su hija, explica que a Ignacia le gusta hacer lo que hace, pero que ella primero es madre y una muy exigente. La prioridad siempre será que ella rinda en el colegio. “Si no cumple con las prioridades en su vida, con el colegio, así como yo cumplo con mi trabajo, entonces lamentablemente no es apta para eso y esto se acaba”, sentencia mientras Ignacia la mira a los ojos de forma serena. No es la primera vez que lo conversan.

La tía Sole describe a su hija como una niña un poco introvertida, distinta a su personalidad expresiva e inquieta. Sin embargo, como sacada de una película de superheroínas, se pone su disfraz y se transforma. “Ella es como se ve: tranquila. Se coloca el dino y es otra persona. Y eso es algo que hemos tenido que aprender a manejar. Cuesta pararla, porque ella ve injusticia y no tiene miedo. Jamás ha asistido a la Plaza Dignidad o a una actividad sin mí, a eso me refiero cuando digo que somos un equipo”, explica.

— ¿Y cuándo cree que ella estará preparada para salir a marchar por sí misma?

—Mientras ella no sepa enfrentar a los *pacos*, porque le gusta eso de ir al frente, no va a poder. Yo sé que ella, estando sola, va a querer ir al frente. Y eso le puede costar la vida, así de simple, responde Soledad.

Su participación en las manifestaciones, así como su personaje, no han estado exentos de juicios. Los más fuertes provienen de adultos que critican a su madre por *exponerla* y por *utilizarla* y alegan que no debería llevar a una menor de edad. “Lo más ilógico es que no me critican cuando salgo con amigas o cuando salgo normal. Me critican cuando voy a manifestarme, pero la misma gente que lo hace tiene problemas más graves que yo. También me critican los *pacos*”, explica Ignacia. “Yo sé que no hago nada malo. Yo sé que no le hago daño a nadie. Jamás he tirado una piedra, por ejemplo”. Su madre agrega que aquí no hay utilización, que no se gana nada ni hay fines de lucro. Para ella es solo salir con su hija y mostrarle el mundo real, junto con ayudar a quienes más lo necesitan. Ante las críticas, un abogado voluntario de la Plaza Dignidad les sugirió realizar un documento notarial que certifique que no se está lucrando con el personaje ni con la menor de edad.

Pero siempre vivirá con muchas contradicciones. “El día en que me lleven detenida, voy a caer y el estado me va a tratar como adulta. Mientras que la otra gente me va a tratar aún como niña”, dice Ignacia.

Parece extraño que una niña de once años decidiera acompañar una y otra vez a su madre a Plaza Dignidad y podría existir todo un debate en torno a la capacidad de decisión de una menor de edad, pero eso fue lo que pasó y su madre la apoyó. Aunque la calle es dura, difícil y te obliga a crecer más rápido. “Yo he madurado más fácilmente que el resto. Soy más valiente. Muchos me dicen que no tengo la mentalidad de una niña de 13 años y que por mi físico parezco de 17 o 18. Hasta los *pacos* se sorprenden”, comenta Ignacia. “Mi lucha ahora es por la justicia. Yo conocí a Cristian Valdebenito, asesinado el 7 de marzo de 2020 por una bomba lacrimógena en la intersección de las calles Ramón Corvalán con Carabineros de Chile. En marzo de este año mataron a una amiga de las pocas que me he hecho en Dignidad. Su nombre es Ángela González y su vida fue arrebatada por un fascista en Colina. Esos golpes son los que te hacen madurar, crecer y seguir. Por ellos. Por todos”.

A la Ángela la conoció en las marchas durante el 2019 y nunca más se volvieron a separar. Tenía 22 años cuando Ignacia tenía sólo once. Era como otra mamá, pero con una complicidad distinta. La cuidaba y la quería mucho. “Estuvimos siempre juntas... hasta este año”, dice Ignacia mientras se le corta la voz, para luego quedar en silencio y mirar hacia el piso.

La Capuchita, como le decían sus cercanos, venía de Colina a las marchas, sola. Por esa razón, comenzó a quedarse siempre cerca de Ignacia y Soledad. Ella luchaba por su hijo de ocho años. Era *jugosa*, dice Ignacia, le gustaba bailar, reírse, acompañarla con el dino. “La atropellaron exactamente a la misma hora que a mi me mojó el *guanaco* N°42. Mientras yo estaba constatando lesiones en el hospital, me avisaron que la habían arrollado, pero estaba bien porque no había perdido la consciencia. Falleció en la Posta Central. Pesaba 42 kilos y venía quebrada entera. Ella quedó bajo el vehículo y la arrastró”, explica Ignacia.

Hoy, se ha acercado más a su hijo, a quien visita regularmente. Conoció al papá y a la mamá de Ángela, y a sus otros amigos y amigas. Para DinoNachita, ella siempre será un motor de lucha. “Siempre decíamos: lucharemos hasta vencer o caer en el intento. Y le tocó a ella caer, entonces yo tengo que seguir”.

“Yo me he sentido culpable por traerla a este nuevo mundo. Me ha complicado como mamá”, continúa Soledad. “Ella creció muy rápido. Vio cosas que a su corta edad quizás no debió haber visto. Pero a la vez pienso que si ella no crece con todo esto, no será capaz de verlo nunca”. Para ella, es importante que su hija entienda y aprenda de la vida, y de las necesidades que tienen las personas. “Más adelante va a ver qué es lo bueno y qué es lo malo. Cuál es el camino correcto y cuál es incorrecto. Si ella valora andar en la calle y le queda eso, para mí es bueno. Le voy a dejar una enseñanza más enriquecedora. El desenvolverse, enfrentar la vida de otra forma”, comenta.

Ignacia tiene dos hermanas mayores que viven con ella en el mismo hogar. Según lo que comenta junto a su mamá, las crianzas fueron muy diferentes. “Le dicen que debe ser agradecida, porque ellas no tuvieron permiso para salir hasta los 16 años. La diferencia es que Ignacia sale conmigo, siempre”, explica Soledad.

Aunque a veces cuesta separar a las personas de sus personajes o de sus labores, Ignacia es una niña como cualquier otra. Le gusta salir con sus amigas y amigos, hacer pijamadas, ir al mall, Fantasilandia, salir a juntarse a las plazas. “Tengo una vida personal aparte. Una vida propia, por así decirlo. No se me juntan los mundos. Hay solo dos niñas que conocí hace poco en Dignidad que ahora también forman parte de mi mundo personal, pero nada más”, dice.

—Yo separo las cosas. No soy sólo el dino. No estoy las 24 horas metida en marchas, marchas y más marchas. Por ejemplo, yo tengo mi Instagram personal donde tengo a mis amigos y compañeros de curso, y manejo aparte otro como DinoNachita. En Whatsapp solo tengo a personas que conozco, no tengo números de la gente de Plaza Dignidad, responde.

Su madre enfatiza en que ella tiene prohibido tener números de la gente de Plaza Dignidad. “Ella es menor de edad. Nosotras conocemos a muchas personas, pero no podemos saber lo que hay detrás de ellas. Eso no es transable. La verdad, yo soy muy pesada y mamá vieja. Cada cierto tiempo le reviso el celular a Ignacia y veo con quienes habla”, confiesa.

Ambas recalcan que son personas normales. “Tenemos vidas familiares. Yo hago asados, me junto con mi familia. Ignacia hace pijamadas. Vamos a la playa. Yo voy al trabajo y ella va al colegio. Yo no puedo permitir que se crucen los límites. Debo ponerlos”, explica Soledad. “En Dignidad, como en cualquier otro lugar, hay mucho ego y *cahuín*. Hay muchos que quieren pisotear al otro. La plaza ya está muriendo. Ir es exponerte, regalarte para que los *pacos* te golpeen, te *gaseen* y te mojen. Y yo me pregunto, ¿no tienen otra cosa más que hacer que estar en Dignidad? Yo tengo mi vida. Cuando voy a mi trabajo no hablo de lo que pasa en la plaza, a no ser que alguien me pregunte. Muchos que he conocido allá me han dicho que los absorbió tanto, que no saben hablar de otra cosa. Viven para eso, y nosotras no”.

La tía Sole afirma que ella, ante todo, es primero mujer y mamá. “Mi familia depende de mí. A Ignacia le gustaría estar ahí en primera línea cuando está el *guanaco*, pero yo soy empleada pública. A mi me echan de mi trabajo, ¿y qué como? Me manchan los papeles. Por eso nosotras siempre estamos, pero hasta ahí. Yo siempre pienso como mamá, pongo el límite. Hasta dónde y cuándo”, expresa.

Ignacia cuenta que a ella le gustaría estar más adelante en las marchas, ir al *choque*. Y agrega que no siente miedo, al contrario, siente rabia y fuerza por todo lo que ha pasado. Se siente protegida al ir con su mamá, aunque también siente que la cuida a ella. “Ustedes la ven súper tranquilita (a su mamá), pero si alguien la busca, la va a encontrar”, explica entre risas. “Ella contesta. La empujan y ella devuelve el empujón. Devuelve el grito. Varias veces se la han tratado de llevar, le han tirado gas y todo... Pero yo me tiro. Me tiro sobre la persona que se le cruce a ella, yo me tiro arriba. Es un cuidado mutuo”.

Hace unos meses, se hacían muchas protestas a las afueras del metro Universidad de Chile e Ignacia cuenta que la represión era más fuerte que nunca, arremetiendo con todo para hacer *encerronas*. “Ella tuvo cáncer, los gases le afectan el triple que a mí. Ahí era yo la que la salvaba a ella. Dejaba que me llegaran los gases y la tiraba para atrás, y así yo me iba a grabar más adelante. Yo soy más chica, tengo más resistencia. Cuando el *guanaco* nos tira, yo me pongo delante para que me moje a mí”, comenta Ignacia.

La represión en carne y hueso

Soledad es tía en la calle y fuera de ella. De lunes a viernes trabaja como Auxiliar de Párvulos en un colegio municipal. Lleva ocho años con niños de básica y seis con niños de sala cuna. Los viernes en la tarde se quita su delantal cuadrillé verde, se pone buzo y polerón, y va a Plaza Dignidad junto a su hija. Actualmente, ambas colaboran como reporteras de Radio 7, un canal comunitario de Puente Alto. Desde esa plataforma, transmiten a través de videos en vivo para Instagram y Facebook.

El 29 de marzo de 2021, en una actividad conmemorativa por el Día del Joven Combatiente, en Bajos de Mena, Puente Alto, ambas se encontraban haciendo material y transmitiendo para Radio 7, acompañadas por el papá de Ignacia. Ella estaba sin disfraz. De pronto, apareció Carabineros y comenzó a reprimir. El *guanaco* N° 42 disparó agua y los azotó a los tres contra una reja cerca de la comisaría.

—El objetivo del *guanaco* era yo. Me empezó a mojar a mí, de la nada, y yo me agarré de ella, explica, mientras observa a su mamá.

—Si no fuera porque nos afirmamos de los fierros, no sé qué hubiera pasado. Quedamos machucadas, moradas por días.

Los nuevos carros de Carabineros que arribaron al puerto de San Antonio en julio de 2020 corresponden al modelo Panther 8x8, vendidos por la empresa austríaca Rosenbauer. Pueden almacenar 19 mil litros de agua y disparar chorros con un alcance de hasta 100 metros. Fueron creados para labores de rescate aeroportuarios y modificados para usos represivos.

El Manual de Operaciones para el Control del Orden Público de Carabineros de Chile especifica que “no se puede lanzar el chorro a menores de edad o personas ancianas, aunque

éstos porten elementos extraños u/o peligrosos”, y además, recomienda que se dispare el agua al suelo, en dirección a los pies y no al cuerpo o a la cara. La Defensoría de la Niñez presentó a la Comisión DDHH y Ciudadanía del Senado un informe acerca del uso de bombas lacrimógenas y carro lanza aguas en niños, niñas y adolescentes, posterior a las protestas del 18 de octubre de 2019. En este, se contabilizaron 450 denuncias de menores de edad por vulneraciones, de las cuales el 85% corresponden a casos de violencia por parte de Carabineros. Dentro de estas, un 16% se atribuyen a lesiones por perdigón o balín, 3% por lesión de bala, 1% por trauma ocular y un 46% a lesiones físicas de otro tipo, donde la mayoría de las denunciadas son niñas y mujeres.

El mismo día y a la misma hora en que este hecho sucedió, Ángela González, *La Capuchita*, fue asesinada por un vehículo que pasó a gran velocidad. Pese a estar adoloridas por el impacto que recibieron del chorro del *guanaco*, tuvieron que continuar. “Ese 29 de marzo no dormí nada. Además del dolor físico, despertaba a cada rato porque no podía creer lo que estaba pasando. A las siete de la mañana nos pasaron a buscar para ir a Colina a apañar en el velatorio y para organizar las otras actividades fúnebres. Regresamos en la madrugada, dormimos un par de horas y nos fueron a buscar nuevamente para su funeral”, explica Ignacia.

Pero lo más difícil no es el cansancio ni el dolor físico. Es la pena. “Es difícil vivir con esa angustia, esa rabia, porque la persona que la mató está libre. Estuvo preso un día, pero aislado. Él tiene familia en la PDI y los *pacos*, y vive en un condominio *cuico*. Cuando arrancó botó una reja y limpió la sangre de su camioneta. En los peritajes no hubo evidencia para culparlo, pero la gente lo reconoció”, comenta Ignacia. Actualmente, ella cuenta que el victimario sigue con arresto domiciliario y ha pedido dos veces a la Corte de Apelaciones que se lo cambien a nocturno. Aunque para Ignacia era ridículo, considerando que el país entero tenía toque de queda. “Estábamos todos presos en la noche. Todos con arresto”, ironiza. “Para mí no sirve. En diciembre hay juicio nuevamente, pero yo sé que la justicia no hará nada. Él nunca pisará la cárcel y el dolor nunca se irá, porque Ángela no va a volver”.

Ignacia manifiesta que aún no hay responsables por las decenas de muertos tras el 18-O. Pero sí hay muchos presos por *montajes*, según dice ella, por porte de artefacto incendiario, por desórdenes, hasta por asociación terrorista. Ninguno está preso por matar. Soledad asegura que hay mucha desigualdad en los enfrentamientos y que los protocolos de los que habla Carabineros y el Ministro del Interior, Rodrigo Delgado, no existen. “Por ejemplo, nosotras

estábamos grabando para Radio 7 cuando una *paca* sacó la pistola en plena Alameda, fuimos el único medio que logró capturar ese momento”, comenta. Ignacia agrega que, como se puede ver en los videos, no había un millón de personas amenazándola, y que ella no estaba sola. “Es un delito. Puedes sacar un arma de servicio, pero cuando tienes una amenaza en frente. Ella tiene chalecos antibalas, protección. Nosotros no tenemos nada más que un disfraz”, cuenta.

Salir y no saber si volverás

Sobre el futuro, Ignacia lo tiene claro. Su objetivo es terminar sus estudios porque, asegura, en Chile lamentablemente una sin los estudios no es nada. Pero recalca que siempre va a estar en las manifestaciones. “Yo ya entré en este mundo. Voy a seguir siempre. En cada cosa en la que pueda apañar y que esté en mis condiciones, voy a estar ahí como siempre lo he estado”, expresa.

Para Soledad, lo más importante y anecdótico de este contexto y de DinoNachita es el poder marcar un precedente, un hito. Ver a la gente en las calles, gente acompañando y queriendo al personaje de su hija. Sin embargo, cree que lo más enriquecedor es ayudar. Darle un plato de comida a un niño, pues muchas veces les ha pasado, dentro de las actividades en las que participan, que se acercan niños pequeños a pedirles comida para tener algo al día siguiente, porque no han comido en semanas. “Uno llega a la casa, se saca la mochila, se ducha y se acabó. Pero ellos siguen. Hemos conocido muchos niños en ambiente de protesta que viven en las calles, y eso es una realidad. Amiguitos que la Ignacia ha conocido en las marchas, se quedan ahí mismo una vez que terminan, es su casa y ya las mamás no los vuelven a recibir. Los botan una y otra vez”, explica.

"Cuando recién empezó la pandemia, estábamos colaborando en una olla común y se me acercó un niño de alrededor de 5 años. Yo les estaba sirviendo los pocillos a las mamás y él me pidió otro, porque había quedado con hambre y ya se había comido el que le dimos. Luego me dijo que quería otro más y guardarlo para mañana, ya que ese sería su desayuno y su almuerzo. Después nos acercamos, le ayudamos a comer porque era chico aún, le dimos bebida y más comida. Su padre se puso a llorar, pues nos contó que ya les habían quitado a dos de sus hijos por vivir en la calle, mandándolos a Sename, y su esposa había muerto a causa de una

enfermedad. Solo quedaban ellos dos. Les regalamos ropa que andábamos trayendo y la comida que teníamos", cuenta Ignacia.

—Todavía al recordarlo me produce pena y tristeza— responde Soledad devastada, mientras se le corta la voz y comienza a llorar.

—¿Cómo puede ser que un niño tan pequeño te pida comida? Eso me choca. Si nos pide diez veces, entonces diez veces le vamos a dar. Esos son los valores que a Ignacia no se le tienen que olvidar nunca. Por eso sigo en la calle. Porque tuve que hacer bingos y rifas para operarme de cáncer. Eso me movió: salud, educación y una vida digna. Yo trabajo con niños, y los veo llegar con piojos... los veo llegar descalzos, sin comer, no tienen ropa. Y esas cosas ella también las ha visto. Ha visto la represión. Ha vivido la muerte de compañeros. Nos han roto los celulares. Y no sabemos cómo va a terminar esto. A lo mejor nos meten presas. Según ellos somos terroristas, movemos a las masas. Nos tienen miedo a nosotros. A nosotras nadie nos paga, no pertenecemos a ningún partido político. Somos manifestantes comunes y corrientes.

Soledad cree que pese a todo lo dicho anteriormente, “no puedes dejar que el miedo te paralice. Tú debes volver o mejor quedarte en la casa por siempre”. A Ignacia la sigue moviendo la gente. Ella se pone adelante, las personas la siguen, va con la banda que toca música, con compañeros y otros personajes. “Yo con el traje nuevo masas. Si yo digo que avancemos, la gente va hacia adelante conmigo. Muchas veces, cuando me pongo adelante, los niños capuchas me rodean y me dicen: si se acercan los *pacos*, nosotros vamos a camotear, por mientras tú te sacas el dino. Me ayudan y me dan tiempo para cambiarme”, dice Ignacia.

"¿Que se siente cuando llegas, te pones el dino y la gente te llama?", le pregunta su madre. —Me siento feliz. Escucho que la gente grita: ¡ahí viene el dino! Me piden fotos, se acercan los niños, empiezan a tocar música y yo me pongo a seguirles el ritmo bailando. Siento mucha felicidad en ese momento. Me siento acogida y protegida por la gente. Muchas veces los *pacos* llegan y me pegan *piola*, patadas por debajo, y me toman fotos los carabineros infiltrados. Pero me da felicidad dar el aguante y también sentirlo. Yo sé que un día puedo perder la vida aquí. Que puedo caer presa y me van a tirar al Sename solo por manifestarme, porque es la palabra del *paco* contra la mía, y siempre va a valer más la de él.

Salir y no saber si volver. Para Soledad, todos los días que salen lo hacen viviendo al límite. “Yo trato de que ella no se exponga de más y rapidito arrancamos entremedio. Nos cruzamos siempre los deditos para que nunca nos pase nada”, comenta. De igual manera, Ignacia cree que su madre corre más riesgo: “Al ser mayor de edad, ella en cualquier momento puede caer y ser

secuestrada en una cárcel. Convertirse en una persona más presa por montaje, porque la mayoría de las mujeres que han caído presas han sido por montajes, por ir a marchas o porque las pillaron solas y las agarraron. Nosotras ya hemos tenido seguimiento. Hace poco llegaron los *pacos* en bicicleta a nuestra casa y preguntaron quién vivía, les preguntaban a los vecinos”.

Pese a todo lo anterior, para Ignacia, lo mejor que le han dejado las manifestaciones y todo el movimiento ha sido el compañerismo que ha sentido hacia ella y que también ha intentado replicar. “Cuando gasean a la gente, no importa si son niños o adultos, yo sin conocerlos me acerco y les echo agua o los cubro. Cuando me pongo o me saco el dino, la gente me protege y me avisa si vienen los *pacos*. Cuando estábamos en la esquina de Corvalán con la Alameda, los *cabros* caían baleados y teníamos que arrastrarlos hacia atrás como sacos para llevarlos donde las brigadistas. Sin compañerismo no hay nada, es lo fundamental”, expresa.

El camino correcto

En la actualidad, Ignacia y Soledad participan regularmente en actividades y jornadas solidarias. Transmiten en Radio 7, van a las comisarías después de las protestas a dejar colaciones, hacen ruta calle, que consiste en repartir colaciones, alimentos y abrigos por las noches a personas que viven en las calles y asisten a domingos solidarios. Por el trabajo y el colegio presencial, ya no pueden participar tanto como quisieran en las ollas comunes. Sin embargo, durante el 2020, asistían diariamente a las de La Pintana y algunas veces en Renca.

Las rutas calle que hacen son en los sectores de República, La Moneda, el Hospital San José y la Plaza San Borja. Una vez, conocieron a una familia conformada por un bebé de diez meses, un niño de dos años, una niña de cinco, el papá y la mamá. Todos vivían en una carpa de capacidad para dos personas frente a La Moneda. Como extranjeros venezolanos en Chile no sólo vivían con la angustia generada por la ausencia de alimento, sino que también por ser deportados. Todos los viernes, Ignacia junto a su mamá les llevaban comida, hasta que un día se propusieron sacarlos de ahí. “Teníamos que hacerlo. Era la época en que las lluvias habían comenzado y hacía mucho frío. Los niños estaban morados. Nos movimos para llevarles más comida y abrigo, pero había que sacarlos. La guagua estaba desnutrida y no tenía ni pañales. Nuestro objetivo de ese mes se transformó en encontrarles un lugar”, cuenta Ignacia.

Además, agrega que hasta hoy tienen contacto con la familia. El papá encontró trabajo, los niños están creciendo, siempre que la ven corren hacia ella y le dicen tía. “Nos dan las gracias por haberlos sacado de la calle. Tenían el riesgo de que la municipalidad les botara la carpa, ya les había pasado una vez, sabiendo que estaban con niños, les botaron todo. Cuando nos vemos siempre lloran y están agradecidos porque ahora están en un lugar con techo y seguro”, explica Ignacia.

A través de redes sociales han recibido muchos aportes para seguir ayudando y por eso intentan transparentar y mostrar todo lo que hacen, para que la gente vea hacia dónde se fue su donación. Sin embargo, a Ignacia le cuesta mucho figurar si no es con su traje puesto. “Siempre he pensado que cuando uno ayuda, no tienes que recibir algo a cambio, esa es la mentalidad que hay que tener. Me gusta ayudar, pero no me gusta que me graben o me tomen fotos. Aunque entiendo que a veces es necesario. Todas las fotos mías en Dignidad, en los campamentos, en las ollas comunes, cuando estoy con los niños, son de fotógrafos o de gente que anda conmigo. Yo nunca me saco fotos así”, comenta.

La trinchera de ellas se compone por un dinosaurio, una cámara y un celular. DinoNachita lleva el baile, el canto, la música y el color a las manifestaciones. “Toda lucha y todo frente es válido”, expresa Ignacia. Ella está agradecida de que su mamá la haya traído ese 20 de octubre de 2019, porque siente que se le abrió un mundo totalmente distinto, que permitió que creciera y se desarrollara más como persona. “Crecí como ser humano ayudando. Abrí mi corazón para mucha gente. Es bonito que te agradezcan por la comida que se la puedo dar a cualquiera. Cuando armo panes, los hago con el corazón, no por entregar un pan y dejarlo ahí no más. Me gusta hablar y escuchar a la gente, conocer sus historias, interactuar. Ellos también escuchan un poco de mí”, dice.

Ignacia siente que su forma de lucha puede ser un ejemplo para niños y adolescentes. “La forma de ayudar, de solidarizar. Y como persona también, creo. Todos tenemos errores y defectos, pero no me considero mala persona. Yo soy de una pura línea y conozco los códigos”, declara. A los niños les diría que fueran agradecidos de la vida, que deben elegir el mejor camino de lo que te pongan enfrente. “Un día puede que tengas plata y al otro nada”, ejemplifica. Ella siente que si creen que el camino correcto es salir a carretear, a volarse, tienen que tener claro que al otro día puede que ya no tengan las mismas condiciones. “Yo siento que lo más correcto es sacar mis estudios, estudiar una carrera. También considero correcto seguir

en las marchas. Todos los años en que se conmemore el 18 de octubre, ahí estaré yo. Siempre pienso en ir más allá y encontrar el camino bueno, considerando no sólo una opción, sino que una segunda, tercera y cuarta”, confiesa.

Una mirada es suficiente

Ignacia y Soledad ayudaron a hacer campaña para la constituyente Giovanna Grandón, conocida como Tía Pikachu. Todos se conocieron en Plaza Dignidad, asistiendo regularmente. Soledad dice que aún no pierde la esperanza en una nueva constitución, aunque tiene claro que es un proceso que va a tomar mucho tiempo. Cree que cuando Ignacia sea una adulta se comenzarán a ver los frutos, por lo que hay que seguir adelante, aunque ahora el panorama no sea el mejor. Al igual que su madre, Ignacia aún tiene la ilusión de que haya un cambio bueno y que les sirva a todos los que llevan años luchando. “Algunos dicen que la gente *amarilló*, que se olvidaron de cómo llegaron ahí. Pero los constituyentes están ahí por las marchas. Por el Estallido Social, por los muertos y por todo lo que ocurrió para llegar a un plebiscito, por eso están ahí. Varios se han olvidado del pueblo y de cómo comenzaron. Se olvidan de que están sentados en la Convención gracias a nosotros, a los que hemos recibido los químicos y la represión”, declara.

Cuando sea grande, Ignacia quiere estudiar derecho o algo relacionado a la salud: su objetivo es ayudar a la gente. Sabe que hay más profesiones que se dedican a eso, pero son las que más le llaman la atención. Su mamá decidió estudiar otra carrera, y se matriculó para ingresar el 2022 a Técnico en Enfermería. “Yo tengo sueños, tengo esperanza. Con lo poco y nada quiero hacer un cambio. No es necesario hacer grandes cosas, las mínimas son las más valorables”, expresa Soledad.

Si tuviera que darle un mensaje a las otras madres y mujeres que acompañan a las niñas y los niños en sus luchas, les diría que es un desafío, pero que no hay que dejarlos solos. “Esta nueva generación nace con garra. Hay que siempre acompañarlos, pero no obligarlos. Hasta el momento en que ellos digan no más. Si Ignacia me dice un día que no se quiere poner su traje nunca más o que no quiere seguir asistiendo, yo lo voy a aceptar”, confiesa. Sin embargo, recalca que como madre no hay que dejarlos solos nunca. Que siempre habrán grandes obstáculos y desafíos, pero siempre hay un gran final, aunque no sea obtenerlo todo. “A veces

se le ocurre ponerse el traje en las marchas hasta Moneda, y se le ocurre correr. Yo voy detrás de ella, con la lengua afuera, y escucho cómo la gente dice: el dino vino con su mamá. Eso es bonito, porque siempre habrá alguien detrás de ella”.

Ignacia es la que le informa de las convocatorias, le manda los flyers y le pide que la acompañe. Ella siente más tranquilidad y seguridad sabiendo que está a su lado, y considera que “esto nos ha unido mucho más que una relación de madre e hija. Tenemos un compañerismo único, y nos damos una seguridad enorme andando juntas. Una mirada es suficiente para saber dónde ir”.

Soledad explica que con o sin dino, ella es la mamá igual y su deber es guiarla y cuidarla para que nada le pase. “Cuando nos sacamos el traje, volvemos a ser sólo madre e hija, ella no me tutea. En cambio, en la calle me dice tía Sole. En la casa ella cumple con sus deberes y sus responsabilidades. Está super marcada la diferencia”, explica. Admitiendo además, que de a poco han integrado a la familia y ahora el padre las acompaña a eventos y algunas convocatorias.

DinoNachita confiesa que de su padre heredó la osadía y la audacia, aunque no tan positivamente. “Yo soy igual de *chora* que él y es mi mamá quién me baja. Mi papá es arriesgado, muy chispita. Si un *paco* le dice algo, él va a responder 20 veces peor y con más garabatos. Yo igual tiendo a ser un poco así, porque yo sé cómo son, lo que han hecho y cómo tratan a la gente. No me entra en la cabeza que él venga a tratarme mal, pero si le respondo es un delito, una falta de respeto a la autoridad. Si yo le digo chao, me puedo ir detenida porque él no me ha dicho chao. Eso pasa”, explica.

Ambas concuerdan en que no han sentido una discriminación por ser mujeres dentro de la lucha callejera, pues el respeto se gana, seas hombre o mujer. Pero hay diferencias que sí se notan, como el que todavía se considere que una mujer sola no puede parar una olla común, pero el hombre sí. Ignacia cree que además hay una diferencia en las formas de relacionarse, pues entre hombres hay muchos roces, peleas y diferencias. “Los hombres piensan que es así y tiene que hacerse así. En cambio, nosotras pensamos, discutimos y nos ponemos de acuerdo. Cuando yo venía con mi papá, por ejemplo, nunca coincidíamos. Él se iba para un lado y yo para otro, no andábamos a la par. Con mi mamá no nos pasa eso”, confiesa.

Algo que les ha llamado la atención es que cuando ven al dinosaurio, la gente asume que es un niño u hombre. “Me dicen: buena, loquito. Buena, dino. Buena, compañero. Mi mamá les dice que soy una niña y ahí se disculpan. O a veces escuchan mi voz cuando les respondo y ahí dicen: oh, es una loquita. Ganémonos más adelante, para que ella pueda correr”, cuenta Ignacia.

Soledad tiene miedo a decir que es feminista y no se considera como tal. Siente que su pensamiento es retrógrado y cuadrado, y que aún le cuesta entender algunas cosas. Sin embargo, cree que su feminismo es que: *si una mujer se lo propone, lo haga*. “Crié sola a mis hijas mayores. Tengo casa propia y un auto. Yo creo que si una mujer se propone salir adelante lo hará. Como venga, contra viento y marea, pero siempre enfocada en salir adelante”, manifiesta. Con el papá de Ignacia, viven hace poco juntos, pues no quiso aceptar a un hombre en su hogar hasta que sus hijas mayores crecieran. “Sentía que tenía que darles un buen ejemplo. Para no ser juzgada, para tener respeto. Nadie nunca ocupará sus piezas, sus camas ni su espacio”, cuenta Soledad.

A Soledad le gusta ir a las marchas vestida de colores fuertes y *fosforescentes*, como dice ella. Rosado y morado son sus preferidos. Le gusta sobresalir. Mientras que Ignacia, insiste en ir de negro, con gorro y polerones anchos, pese a que muchas veces la confunden de espalda con un hombre. “En caso de cualquier cosa, me junto con el montón y todos somos iguales, nadie tiene identidad”, confiesa.

De pronto, su madre comienza a llorar y muestra estar muy conmovida por toda la conversación. Ignacia la mira y ella comienza a hablar con la voz quebrada. “Quiero darte las gracias por hacer tanto. Por acompañarme en las locuras. Sin ti no podríamos hacer todo lo que hacemos. Espero que nunca te pierdas y nunca mires a alguien en menos. No olvides que detrás de cada persona, sea uniformada o no, hay una familia que la está esperando. Tu ves si continúas, yo sembré la semilla y ahora eres tú quien decidirá regarla. No sé si soy buena mamá, pero intento ser aguerrida. Soy la mamá de un dinosaurio y de Ignacia. Eres parte de la historia, pero yo te voy a proteger siempre, toda la vida”.

Epílogo

Si algo aprendimos de estas mujeres, en relación a los sucesos, las experiencias y todo lo vivido, es que el descontento generalizado de la población chilena no partió el 18 de octubre de 2019 como lo hicieron ver los medios y la prensa, y tampoco ha llegado a su fin. Sus luchas continúan y están más presentes que nunca. Seguimos en un proceso de cambios y transformaciones que demandan cuestionar y reflexionar cómo se rige la sociedad. Donde cada vez es más necesario diversificar los y las personajes que construyen la historia.

Un ejemplo de esto es la Convención Constitucional, en la cual los chilenos y chilenas escogieron constituyentes que encarnan la necesaria paridad de género, la pluralidad y los pueblos indígenas del territorio. Espacio que otorga la oportunidad de que ciudadanos, fuera de la élite política, ocupen un importante lugar de representación y sus demandas sean reconocidas en una nueva constitución.

Es por esto que creemos importante encontrar, registrar y dar a conocer las experiencias de las mujeres dentro de un contexto masculinizado, como la protesta y subversión social, y los roles que pueden jugar en ella. Está investigación escrita por dos autoras, que de alguna manera pueden ser consideradas agentes de cambio. Dado que todavía son pocas las mujeres que han escrito acerca del Estallido Social, teniendo en cuenta que de 20 autores que escribieron acerca del 18-O, solo cuatro son mujeres, entre ellas Gloria de la Fuente, Danae Mlynarz, Magdalena Merbilháa y Valentina Verbal. En la época contemporánea se ha permitido ver la realidad de otra manera, con un ojo crítico y pluralista, que logre mostrar una diversidad de voces, donde todos y todas puedan identificarse o sentirse parte.

Frente a lo anterior, es necesario rescatar la variedad de ideas y formas de vida que permiten conocer las historias de las mujeres presentes en estas crónicas. De igual manera, cómo expresan y experimentan sus batallas y activismo. Después de conocer sus relatos, creemos importante erradicar la concepción de que existe una sola lucha de la mujer, así como también la idea de una identidad colectiva, desde una sociedad más justa y equitativa. No hay una forma de ser mujer. No hay una forma de ser feminista.

Las protagonistas demostraron tener una infinidad de facetas como personas, que además guardan coherencia entre sus actos, su cotidianidad, sus discursos, sus principios y sus valores. En las lecturas se puede dar cuenta de que probablemente no todas marchan el 8 de marzo, que no asistirán a los *pañuelazos* por el aborto, ni colgarán banderas moradas. Ellas se sitúan desde su propio espacio y desde la convicción, luchando desde su posición por y para las demás. Porque lo que sí tienen en común es la empatía, el respeto y el deseo de cambiar la realidad.

Las mujeres pueden ser audiovisualistas, estudiantas, profesoras de párvulo, cartógrafas, abogadas, fotógrafas, tatuadoras o artista góticas. Pero son conscientes de que son eso y mucho más, sin descuidar sus roles y responsabilidades. Las mujeres son sus acciones, ideas, vínculos, posturas, valores y sus experiencias. Son multifacéticas y complejas, pero porque son diversas. Es un acto revolucionario el valorar y comprender la individualidad de cada una, porque la sociedad patriarcal siempre nos ha obligado a encasillarnos dentro de papeles estereotípicos como madres, dueñas de casa, cuidadoras, esposas, entre otras.

Nos pasaron muchas cosas mientras conversábamos con estas mujeres y nos embargaron sentimientos de admiración y regocijo. No podíamos creer todo lo que hacían y cómo en su cotidianidad abogaban por causas tan grandes, sólo porque desean un mundo mejor para ellas y para los otros. De alguna forma, nos abordó un sentimiento de culpa, porque sentíamos que no estábamos y que tampoco estábamos haciendo lo suficiente. Pero comprendimos que todas las luchas eran válidas y que más que la magnitud de las cosas que hacías importaba la intención, donde estuvieran siempre presentes tus principios y valores. Queremos que realmente este conjunto de crónicas dé a conocer una pequeña parte de sus aportes, y que sea una real contribución a la historia. Que sea un precedente que permita leer más relatos de mujeres y otorgarles el reconocimiento que merecen por todas sus contribuciones.

Bibliografía

1. Amnistía Internacional. (2020). Ojos sobre Chile: Violencia policial y responsabilidad de mando durante el estallido social. Amnistía Internacional. <https://www.amnesty.org/es/latest/research/2020/10/eyes-on-chile-police-violence-at-protests/>
2. Asociación Chile de Seguridad. (Noviembre de 2021). Radiografía de la calle. <https://www.saberllegar.cl/>
3. Ávila, L. (22 de diciembre de 2020). Por qué la bicicleta es una aliada feminista. La Tercera. <https://www.latercera.com/>
4. Ayala, C., Beigbeder, A., Campanario, Y., Font, E., Keith, C., Liempe, M., López, A., Marques, C., Mora, D., & Morales De Cortiñas, N. (24 de enero de 2020). Informe Final: Misión internacional de observación de Derechos Humanos en Chile. Derechos Humanos. https://www.omct.org/site-resources/legacy/omct_informefinal_misionobservacionchile_es_2020-12-11-144505.pdf
5. Balance INDH a 11 meses del 18-O: 2499 querellas y 28 causas formalizadas. (17 de septiembre de 2020). Instituto Nacional de Derechos Humanos. <https://www.indh.cl/>
6. Balance INDH: a un año del estallido social. (octubre 2020). Instituto Nacional de Derechos Humanos. <https://www.indh.cl/bb/wp-content/uploads/2020/10/Balance-INDH-18-octubre-Prensa.pdf>
7. Barraza, J. (11 de agosto de 2021). El grito silencioso de Nicolás: La historia del ingeniero acusado de incendiar un furgón policial en Bellavista. La otra diaria. <https://laotradiaria.cl/>
8. Carabineros de Chile. (2014). Protocolo para el mantenimiento del orden público. Carabineros de Chile. <https://www.indh.cl/wp-content/uploads/2014/08/PROTOCOLO-PARA-EL-MANTENIMIENTO-DEL-ORDEN-PUBLICO.pdf>

9. Carabineros renueva su flota: carro lanzaaguas último modelo desembarcó en San Antonio y Gobierno asegura que fue comprado antes de la pandemia. (14 de julio de 2020). El Mostrador. <https://www.elmostrador.cl>
10. Chile importa nuevo carro lanza-agua desde Austria. (28 de julio de 2020). Internacional de Resistentes a la Guerra. <https://wri-irg.org/>
11. Cientos de personas realizaron cicletada que terminó en casa de Sebastián Piñera.(3 de noviembre de 2019). Chilevisión. <https://www.chvnoticias.cl/>
12. CODEPU hoy. (s.a.) Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo. <https://www.codepu.cl/chile-actual/>
13. Comisión Nacional de Seguridad de Tránsito. (2019). Informe de velocidad imprudente de y pérdida de control del vehículo 2019. <https://www.conaset.cl/wp-content/uploads/2020/07/Velocidad-imprudente-y-p%C3%A9rdida-control-2019.pdf>
14. Comisión Nacional de Seguridad y Tránsito. (diciembre de 2019). Uso de elementos de seguridad y hábitos de los conductores de bicicleta de la Región Metropolitana. <http://www.mtt.gob.cl/wp-content/uploads/2020/01/Informe-CONASET-Enero-2020.pdf>
15. Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. (1991a). Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación Tomo 1. <https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstream/handle/123456789/170/tomo1.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
16. Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. (1991b). Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación Tomo 2. <file:///C:/Users/Hp/Downloads/tomo2.pdf>
17. Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. (1991c). Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación Tomo 3. <https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstream/handle/123456789/170/tomo3.pdf?sequence=3&isAllowed=y>

18. Contraloría recibió 457 denuncias contra Carabineros después del 18 de octubre. (15 de septiembre de 2020). Chilevisión. <https://www.chvnoticias.cl/>
19. Cristián Briones – Preso Político de la Revuelta. (s.a.). La Raza Comica. <https://razacomica.cl/>
20. Defensoría de la niñez. (2019). Uso de bombas lacrimógenas y carro lanza aguas en niños, niñas y adolescentes. Comisión de DDHH y Ciudadanía Senado Chile. <https://www.ciperchile.cl/wp-content/uploads/Documento-7-Defensor%C3%ADa-de-la-Ni%C3%B1ez.pdf>
21. Equipo Codepu. (14 de febrero de 2020). Querrela por Mauricio Fredes: Hasta que la justicia se haga costumbre. Corporación de promoción y defensa de los derechos del pueblo - Codepu. <https://www.codepu.cl/>
22. Estudio independiente encuentra soda cáustica en carros lanza aguas de Carabineros. (16 de diciembre de 2019). Oh My Geek!. <https://ohmygeek.net/>
23. Fernández, G. (Abril de 2019). Protocolos de la actuación policial en Chile. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile/BCN Asesoría Técnica Parlamentaria. https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/27207/1/BCN_GF_Protocolos_de_actuaciones_policiales_rev_FINAL.pdf
24. Fletcher, N. (s.a.) The physics of speeding cars. Australian Academy of Science. <https://www.science.org.au/curious/technology-future/physics-speeding-cars>.
25. Funcionarios del INDH denuncian que se cerrará programa psicosocial para víctimas de violaciones a los DD.HH. (20 de julio de 2021). El Desconcierto. <https://www.eldesconcierto.cl/>
26. Gendarmería de Chile. (2021) Beneficios intrapenitenciarios. <https://www.gendarmeria.gob.cl/beneficios.html>

27. Gendarmeria de Chile [@Gendarmeria_CL]. (9 de junio de 2020). *Como parte del #PlanCoronaVirus implementamos, junto al @MinjuDDHH un sistema de mensajería con los familiares de privados de libertad* [Infografía: comunicación efectiva entre privados de libertad y familiares]. Twitter. https://twitter.com/Gendarmeria_CL
28. Gonzalez, T. (2 de febrero de 2021). Preso de la revuelta Mauricio Cheuque queda en libertad después de 14 meses en prisión preventiva. Diario U Chile. <https://radio.uchile.cl/>
29. Gutiérrez, J.(17 de julio de 2020). Rosenbauer 8x8: así es el nuevo carro lanzagua de Carabineros. La Tercera. <https://www.latercera.com>
30. INDH entrega Balance a un año de la crisis social. (16 de octubre de 2020). Instituto Nacional de Derechos Humanos. <https://www.indh.cl/>
31. Informe Rettig. Memoria Chilena. (s.a.) <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-94640.html>
32. Instituto nacional de Derechos Humanos. (2019). Reportes diarios. INDH. <https://www.indh.cl/archivo-de-reportes-de-estadisticas/>
33. La historia del “Neco”, el hincha de Colo Colo que murió atropellado por Carabineros. (29 de enero de 2020). El Dínamo. <https://www.eldinamo.cl/>
34. La voz de los que sobran. (junio 8 de 2021). Condenan a cárcel efectiva a Cristian Briones, uno de los primeros presos del estallido social. <https://lavozdelosquesobran.cl/>
35. Leiva, F. (6 de diciembre de 2019). Informe análisis: Determinación molecular y efectos fisicoquímicos. Muestras AG20N - AG22N. Movimiento salud en resistencia. Recuperado de <https://ohmygeek.net/2019/12/16/soda-caustica-lanza-aguas-carabineros/>
36. Liberamos “Manual de operaciones para el control del orden público” de Carabineros de Chile [Actualizado/Secreto]. (Enero de 2021). Piensa Prensa. <https://piensaprensa.org/>

37. Libertad de expresión en el contexto de las protestas y movilizaciones sociales en Chile entre el 18 de octubre y el 22 de noviembre de 2019. (21 de enero de 2020). Fundación Datos Protegidos y Observatorio del Derecho a la Comunicación. https://datosprotegidos.org/wp-content/uploads/2020/01/Informe-LibExpChile_CIDH_18oct_22novFDP-ODC_Chile1-1.pdf
38. 14 libros para intentar comprender el 18-O. (s.a.) Extend. <https://www.extend.cl/>
39. Mapa de violaciones a los derechos humanos, Estadísticas. (s.a.). Instituto Nacional de Derechos Humanos. <https://mapaviolacionesddhh.indh.cl/public/estadisticas>.
40. Mapa de violaciones a los derechos humanos. (s.a.). Instituto Nacional de Derechos Humanos. <https://mapaviolacionesddhh.indh.cl/>
41. Martínez, A. (31 de octubre de 2021) “Estuve 303 días preso por algo que no hice”: la historia de Renato Ibarra. Sección 7. <https://tallerderedaccion.udp.cl/>
42. Martínez, B. (3 de febrero de 2021). “La que dirige la audiencia aquí soy yo”: reviven polémica discusión entre jueza Andrea Acevedo y abogado ocurrida en 2018. El Dínamo. <https://www.eldinamo.cl/>
43. Masiva cicletada terminó su recorrido en la casa del presidente Piñera. (3 de noviembre de 2019). CNN Chile. <https://www.cnnchile.com/>
44. Mella, B. (20 de abril de 2021). La bicicleta como expresión de libertad, autonomía y democracia para las mujeres. La Tercera. <https://www.latercera.com/>
45. Naciones Unidas Derechos Humanos, Oficina de Alto Comisionado. (25 de octubre de 2021). Informe de seguimiento del “Informe sobre la misión a Chile del 20 de octubre al 22 de octubre de 2019”. https://acnudh.org/load/2021/10/CL_rep2_FINAL.pdf
46. Nuevo carro lanzaaguas de Carabineros llega al Puerto de San Antonio. (13 de julio 2020). Portal Portuario. <https://portalportuario.cl>

47. Nuevos vehículos antidisurbios de Carabineros arriban a Chile. (14 de julio de 2020). Resumen. <https://resumen.cl>
48. Observador del INDH recibió 7 balines durante marcha en el centro de Santiago. (29 de octubre de 2021). CNN Chile. <https://www.cnnchile.com/>
49. Palma, P. (14 de diciembre de 2021). Derecho Chile. Entre tecnología y humanidad. <https://derecho-chile.cl/>
50. Patricio Aylwin Azócar (1918-2016). (s.a.). Memoria Chilena. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-100720.html>
51. Pizarro, C. (18 de octubre de 2021). Anthony, el joven lanzado al río por Carabineros: «Nuestra lucha ha sido en vano». El Desconcierto. <https://www.eldesconcierto.cl/>
52. Ramirez, K (22 de febrero de 2021). Llegaron para quedarse estudio afirma el aumento del uso de bicicletas en pandemia. Rock and Pop. <https://www.rockandpop.cl/>
53. Reyes, T. (19 de octubre de 2019). Manifestaciones en Talca. Crónica digital. <https://www.cronicadigital.cl/>
54. Reporte general de datos sobre violaciones a los derechos humanos. (2020). Instituto Nacional de Derechos Humanos. <https://www.indh.cl/bb/wp-content/uploads/2020/04/Reporte-INDH-19-de-marzo-de-2020.pdf>
55. Rojas, D (3 de noviembre de 2019). Masiva marcha de ciclistas se congrega en la casa del Presidente Piñera. La Cuarta. <https://www.lacuarta.com/>
56. Sepulveda, N., Weibel, M. y Massai, N. (4 de agosto de 2021). CIPER accedió a registros del Poder Judicial y Gendarmería: al menos 77 personas están en prisión por delitos asociados a la revuelta. CIPER. <https://www.ciperchile.cl/>
57. Shuller, P. (25 de octubre de 2021) ONU: Onu: Uso de la prisión preventiva a detenidos del estallido social es “excesivo”. La Nación. <http://www.lanacion.cl/onu-uso-de-la-prision-preventiva-a-detenidos-del-estallido-social-es-excesivo>

58. The Panther 8x8: The flagship of aircraft rescue and fire fighting vehicles. (s.a). Rosenbauer. <https://www.rosenbauer.com>
59. Tras dos años en prisión preventiva: Dejan en libertad a tres presos de la revuelta. (20 de noviembre de 2021). El Desconcierto. <https://www.eldesconcierto.cl/>
60. Valeria murió atropellada: Iba en su bicicleta a ver a su pololo (01 de octubre de 2020). Canal 13. <https://www.13.cl/>
61. Vehículo de extinción para aeropuerto PANTHER. (s.a). Aero Expo. <https://www.aeroexpo.online/es>
62. Weibel, M. (18 de agosto de 2020). Carabineros revela que disparó 104 mil tiros de escopeta en las primeras dos semanas del estallido social. Ciper. <https://www.ciperchile.cl/>
63. Weibel, M. (20 de noviembre de 2020). Manual interno de Carabineros reconoce alto riesgo para la salud por uso intensivo de gas irritante. Ciper. <https://www.ciperchile.cl>
64. Zuñiga, C. (20 de octubre de 2021). Caso Renato Ibarra: Joven quedó libre, después de casi un año de estar detenido por manifestarse en Santiago. El Diario. <https://www.diarioantofagasta.cl/>

Entrevistadas

- Amalia Gálvez - Fotógrafa La revolución a través del lente: disparando la historia
- Loreto Ogaz - CiclistaContra el patriarcado en dos ruedas
- Marta Ramírez - Brigadista Las rescatistas de la dignidad
- Alida Suarez - Brigadista Las rescatistas de la dignidad
- Ángela Hernández - Observadora/abogada INDH El derecho a manifestarse
- Priscila Olivares - Madre preso político Madre de la revuelta
- Ignacia Muñoz - DinoNachita Las niñas que juegan con dinosaurios
- Soledad Maturana - Madre DinoNachita Las niñas que juegan con dinosaurios